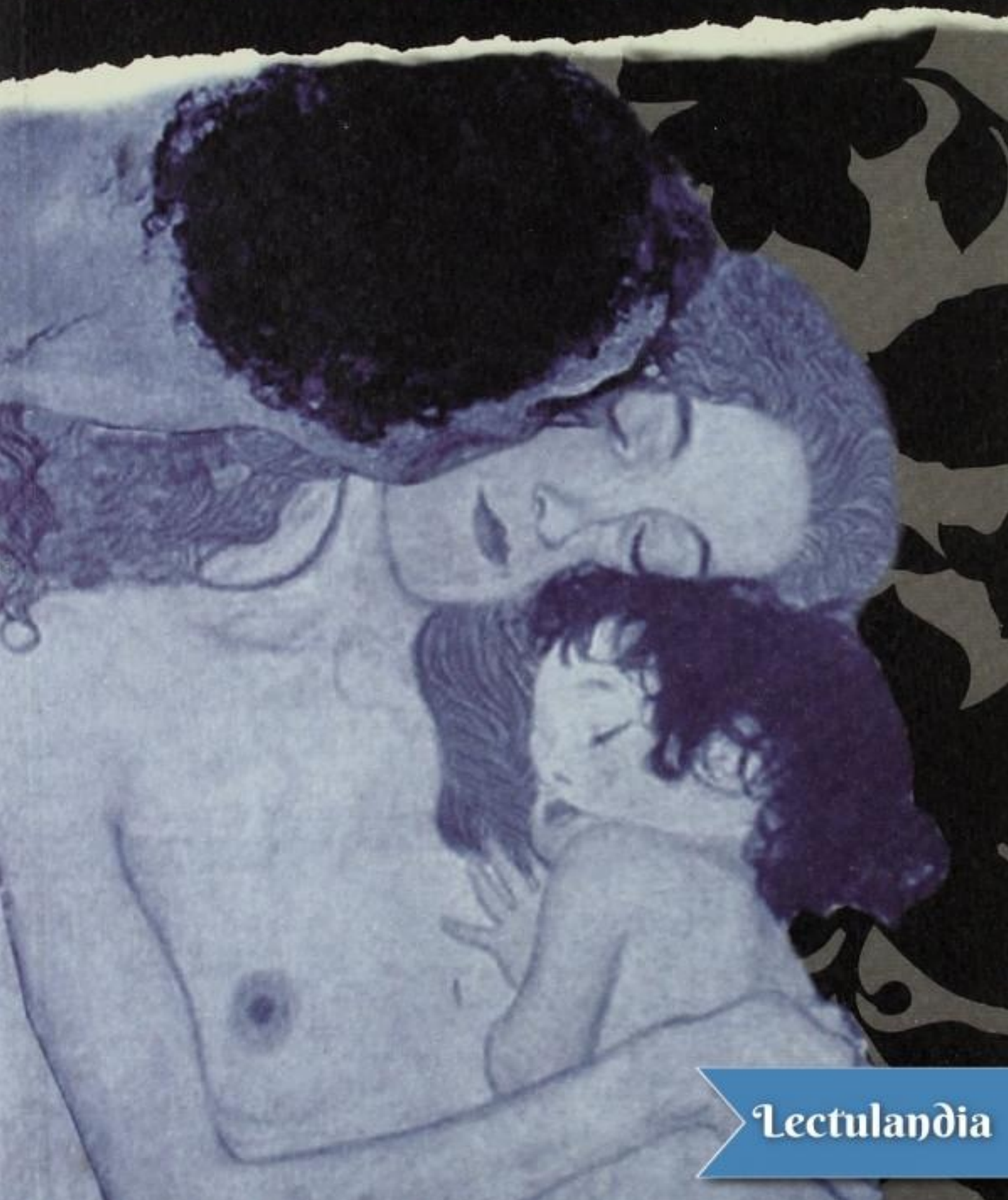


ELIETTE
ABECASSIS

UN FELIZ ACONTECIMIENTO



Lectulandia

«Tener un hijo está a nuestro alcance y sin embargo pocos futuros padres conocen la verdad: es el fin de la vida».

Una joven pareja enamorada decide tener un hijo. Debería ser el inicio de una gran felicidad, el comienzo de una nueva vida... ¿Pero conocemos realmente los gozos de la maternidad? ¿Las dificultades que supone ser al mismo tiempo mujer, madre, amante? ¿Cómo vivir para otro sin olvidarse de una misma?

Por primera vez, una visión diferente de la maternidad, alejada de los tópicos. Una novela magnífica, intensa, llena de humor ácido y mordaz, en la que esta joven escritora ya consagrada aborda ese «feliz acontecimiento» con toda honestidad.

Lectulandia

Eliette Abécassis

Un feliz acontecimiento

ePub r1.0

Rob_Cole 31.08.2018

Título original: *Un heureux événement*

Eliette Abécassis, 2005

Traducción: Ana García Novoa

Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ese día, al abrir los ojos, estaba rara. Estaba tumbada boca arriba cuando, al levantar la cabeza, vi una extraña protuberancia delante de mí. Me dolía todo. Tras diez horas de sueño, todavía estaba cansada y necesitaba dormir más. Noté una comezón cerca del hipogastrio. Hice un gran esfuerzo por incorporarme y tratar de localizar el punto en cuestión, pero era imposible: la barriga no me dejaba ver nada. Al levantar el edredón, me vi el abdomen: de uno y otro lado me colgaban los brazos y las piernas, como si fueran palillos.

“¿Qué me ha pasado?”, me dije a mí misma pellizcándome. Pero no, no estaba soñando, estaba en casa, entre cuatro paredes blancas. En la mesilla de noche estaban la lámpara y el libro de cabecera: *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir. Por el suelo había todo tipo de lienzos y fotografías que mi compañero almacenaba antes de llevárselos a su galería.

”¿Y si me volviera a dormir un poco y me olvidara de todo esto por un rato?”, me dije a mí misma.

Pero no podía. Como le ocurre a la tortuga cuando se le da la vuelta, era incapaz de moverme y de ponerme de lado para dormirme. Intenté echarme a la izquierda pero pesaba tanto que volví a caer brutalmente sobre la espalda.

Hice un esfuerzo para levantar la cabeza y mirar el despertador electrónico que marcaba las 8:45. A las 9:30 tenía una cita con mi director de tesis. Si por un milagro conseguía levantarme, ¿cómo podría presentarme ante él en semejante estado? Ya había sido suficientemente difícil conseguir tener una relación de igual a igual con él. ¿Qué mentira podía contarle ahora para justificar mi transformación?

Mientras pensaba en todo esto, sonó el teléfono: el número en la pantalla indicaba que era mi madre. Descolgué. Un ligero temblor en el rabillo del ojo izquierdo desveló en mí una emotividad excesiva. Sin poder decir esta boca es mía, acabé por poner el teléfono sobre la mesa y mi madre siguió hablando por hablar como si nada, reprochándome que no la hubiera llamado y que no nos viéramos.

De pura rabia, hinché la barriga y luego el torso, aparté la manta e hice un nuevo intento. Era imposible. Necesitaba que alguien me ayudara a incorporarme. ¡Qué lástima que Nicolas se hubiera marchado a trabajar! Me podría haber ayudado a levantarme. Pero no, estaba sola. Tenía que apañármelas sola. Empecé prudentemente por girar la cabeza a un lado esperando que el resto del cuerpo fuera detrás. Esta estrategia dio resultado y por fin la masa, a pesar de su anchura y de su peso, siguió lentamente la rotación de la parte superior. Pero cuando, a costa de muchos esfuerzos, me apoyé en el brazo e hice bascular el abdomen fuera de la cama, me encontré haciendo equilibrios sobre una pierna, como una garza. No me quedaba más que una solución: hacer un movimiento de balancín para ponerme de pie. Me daba miedo caerme. Miré el despertador y vi que eran ya las 9. Mala suerte. Había que arriesgarse.

Cogí impulso, conté hasta tres, me tiré de la cama y caí al suelo. El ruido de mi cuerpo resonó en el parqué.

Di un suspiro de alivio. Ahora tenía que conseguir levantarme; eso era algo más fácil porque podía apoyarme en la cama.

Antes de lanzarme, hice una pausa.

Fue en ese momento, al cruzarme con mi propia imagen en el espejo, cuando me vi: a cuatro patas, con las mejillas colgando, la mirada taciturna y las ventanas nasales dilatadas. O bien me había convertido en perro, o bien estaba embarazada.

Antes, estaba enamorada. Era libre. Estaba en Chicago, en Hô Chi Minh, en La Habana, a la puesta de sol, cuando las olas llegan a acostarse en la bahía, estaba en la otra punta del mundo y hacía calor. No estaba sola. La ciudad se extendía ante nosotros, con sus olores a mar, a tabaco y a ron. En la humedad de la noche, alegres, despreocupados y jóvenes, volvimos a la habitación del hotel. Fuera, en el patio, una orquesta tocaba una canción de Buena Vista. Aquella misma tarde me había pedido que tuviéramos un hijo. Por debilidad, por deseo, por amor. Por locura dije que sí.

Por aquel entonces éramos libres. Salíamos. Íbamos al cine, a restaurantes, a bares, a discotecas. Salíamos hasta muy tarde. Volvíamos a casa al amanecer. Caminábamos.

Íbamos a la montaña, a la playa, a ver el mar, al bosque. Éramos deportistas. Llamábamos por teléfono. Nos dábamos baños. Leíamos libros de cabo a rabo. Teníamos opiniones sobre política y también sobre otros temas. Cogíamos los objetos con las dos manos. Nos tomábamos el café caliente. Preparábamos tostadas los domingos por la mañana. Veíamos a nuestros amigos sin avisarlos con mucha antelación. Teníamos amigos. Muchos, distintos, solteros, divertidos. Podíamos pasarnos noches enteras riendo, fumando, bebiendo hasta que se hacía de día. Eran los tiempos en que invitábamos y acudíamos cuando nos invitaban.

Por aquel entonces no veíamos a nuestros padres. Hábilmente nos las habíamos apañado para estar enfadados con ellos. Y el resultado era convincente: las madres no venían a visitarnos con pretextos falaces. No nos llamaban el domingo por la mañana para recordarnos que estaban dando un programa interesante sobre niños en televisión. No se atrevían a darnos su opinión sobre nuestras vidas.

Fue la época gloriosa de nuestros grandes amores. Nos conocimos en la Rue des Rosiers, en París, un domingo de abril. Él estaba sentado con aire despreocupado en una barandilla, delante de la galería de arte que tenía. Me gustaron sus ojos claros, su barba de tres días y su aire de desafío. Su camisa arremangada, sus manos. Le sonreí, se fijó en mí y le abordé.

Le gusté: era femenina aunque feminista. Nos fuimos a pasear por París, ya estaba anocheciendo. Paseamos a orillas del Sena, fumamos, hablamos, de todo, de nada, de la vida. No es importante lo que nos dijimos. Lo importante es el tiempo. El tiempo que se paró, ese día, para nosotros. El tiempo que nos hizo la reverencia de olvidarse de nosotros, inclinándose delante del milagro de un encuentro, de dos corazones que se unen y que, en sólo un instante, sienten el poder de la eternidad y de estar comprendiéndose en silencio.

Bastaba un pestañeo o una sonrisa para que mi corazón se sobresaltara. Bastaba una mirada. Era evidente. Había pasado algo entre nosotros, algo único y loco, como un arrebató. Todos mis deseos y todos mis fantasmas se cristalizaban en él. Era su sierva, su esclava. Daba las gracias al dios Amor. No vivía más que para él.

Fue después de nuestro encuentro, en Italia, tierra bendita de nuestro amor.

Estaba pegada a él, bajo el cielo del primer día, la luna estaba en el sol, y el sol

acariciaba a la luna, ese día había un eclipse, el único eclipse de nuestra historia. Venecia, el hotelito, por la noche, delante del agua, uno junto al otro... La luna, todavía, reflejada en el mar adormecido. Las miradas se deslizaban como las góndolas. Y luego Florencia, en el Ponte Vecchio, solos en el mundo.

La campiña toscana, la granja al final del camino... Él describió el paisaje con elocuencia, todos los matices del verde, y veía el mundo a través de sus ojos. En la noche, los árboles eran como la seda y había millones de estrellas. Livorno en la bruma del alba. El barco que nos llevó a Cerdeña, el baile de un pueblo en el que me invitó a bailar, el Macalan^[1] cerca de la piscina, nuestras promesas, nuestras sonrisas, y la elocuencia de nuestros cuerpos silenciosos... Nuestras mañanas, el café y la alegría de decirse sencillamente buenos días, adiós. Y luego Roma, la Piazza di Spagna, el murete en el que me estiré. A la derecha, la tierra firme, y a la izquierda, el abismo.

Aquel momento en que, en una habitación de hotel, a la hora en que otros se estaban despertando, me dijo “te amo” por primera vez. Éramos muy felices. Me abandonaba en sus brazos.

Era la novia enamorada que saboreaba el alba, con un velo de oro y de bronce en los ojos, y podía saborear la esencia del día, veía más allá del azur, en el sueño del profundo verano.

Cuando salía de la habitación, él me seguía con la mirada. Yo me daba baños, me untaba el cuerpo con aceites y perfumes, me maquillaba. Esperaba con el corazón palpitante. El timbre del teléfono o de la puerta, el ruido de sus pasos, la deliciosa tormenta al verlo acercarse, el fulgor de las primeras emociones...

Había leído *Belle du Seigneur*. Me sabía algunos pasajes de memoria. El momento en que Solal llega a caballo para seducir a Ariane. Los baños de Ariane. Los momentos en que se aman como locos, aquél en el que se va solo por la noche para que ella lo desee aún más. Las uvas, los vestidos, los besos. El discurso del seductor, la gran marcha del amor, toda la mitología. Y luego la partida a Niza. La decrepitud, la decadencia terrible de la pasión. El fin del amor.

De hecho, el fin del amor es algo distinto. Se nos esconde todo, no se nos dice nada. Se exhibe a los querubines en su chaquetita rosa, con el culo al aire desenrollando el papel de váter. Se nos hace creer que todo es maravilloso. En realidad, la literatura nos ha engañado, e incluso Albert Cohen nos despistó al no querer enfrentarse a la realidad: el amor no es el primer pestañeo, el amor tampoco son las vacaciones bajo el cielo en Italia, ni el aburrimiento que acecha a los habitantes del chalé de Niza, el amor es lo que viene después.

Nos amábamos, estábamos enamorados y solos en el mundo. Y luego llegó la criatura. Y fue ahí, en ese preciso instante, cuando empezó nuestra historia. Antes no era más que balbuceos y grandes esperanzas.

No teníamos motivos para tener hijos. Éramos jóvenes, felices, y estábamos enamorados. No era una necesidad social. No era una evidencia. No era una evolución natural de nuestra relación, no era bajo presión, no era un proyecto.

¿Qué nos pasó ese día? ¿Acaso fue el hecho de encontrarnos con aquel niño por las calles perdidas de La Habana? ¿Una respuesta a la absurdidad de la vida? ¿Pero de dónde viene esa locura de que la gente tenga hijos con tanta arrogancia? ¿Pero qué se creen? ¿Acaso saben lo que están haciendo, son realmente conscientes de lo que supone? No. De hecho, aquí nadie ha entendido nada. Como el burgués gentilhomme^[2], hacen metafísica pero no lo saben. Hacen el acto más común y más increíble, que consiste en reproducir a la humanidad al hacerse cargo de un cachorro humano. Al ser responsables de otro cuando no lo son ni de sí mismos. Es vertiginosamente banal. Ocupan el lugar de Dios de una forma totalmente inocente.

Tras madurarlo, anoté en mi libreta cuatro buenas razones para tener un hijo:

Razón nº 1: nos queremos.

Razón nº 2: hemos viajado a todos los países alcanzables.

La razón nº 2 viene a ser lo que llamamos: la Amenaza del Aburrimiento.

Razón nº 3: ya tengo más de 30 años y al acercarme a los 40 he tenido miedo de hacerme vieja. Es la última línea recta.

La razón nº 3 viene a ser: el Miedo a la Muerte.

Resumiendo: ¿por qué tenemos hijos?

Por Amor, por Aburrimiento y por Miedo a la Muerte. Los tres componentes esenciales de la vida.

Tener un hijo está a nuestro alcance y sin embargo pocos futuros padres conocen la verdad: que es el fin de la vida.

Antes. Tengo 33 años, el pelo largo y cuidado, alisado y marcado. Voy maquillada, bien vestida y perfumada. Soy intensa, romántica, intelectual, apasionada.

Después. No tengo edad, se me cae el pelo, tengo la mirada perdida, no veo nada pues el juego favorito del bebé es cogerme las gafas; ando descalza, llevo camisetas sucias y lo único que quiero es dormir. Soy cínica, estoy desesperada, soy idiota y, a veces, mala. Soy ama de casa. Soy esposa. Soy madre.

Tengo una hermana, Katia, que es cinco años mayor que yo y con la que no me entiendo demasiado bien, un padre al que nunca veo desde que dejó a mi madre, y una madre que me acosa por teléfono desde que la filtro gracias a la identificación de llamada. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía cuatro años, y mi hermana y yo vivimos con mi madre, a mi padre lo veíamos cada dos fines de semanas y en vacaciones, y luego cada vez menos. Es un seductor con mirada sombría y se pasa la vida en el sur de Francia con amantes que rejuvenecen a medida que él envejece.

Mi compañero lleva una galería de arte en el Marais. Al contrario que a muchos de sus condiscípulos de Dauphine, el dinero no le interesa realmente. Vive según sus propios principios. Decidió que la vida es demasiado corta como para no hacer lo que uno desea profundamente. Abrió una galería en la Rue des Francs-Bourgeois. Y luego creció y ahora tiene un local más grande en la misma Rue des Francs-Bourgeois pero más cerca de la Place des Vosges. Esa Place des Vosges en la que le hubiera gustado tener su propia galería algún día.

Gracias a los estudios que hizo, lo sabe todo sobre los mecanismos financieros pero no quería dedicar su vida a eso. Su galería se llama Artima, en homenaje a la imagen, y también porque Ima en hebreo significa “mamá”. Su madre, que no deja de pasar por la Rue des Francs-Bourgeois a diario para llevarle carpa rellena y *strudel* de manzana caseros.

Mi compañero proviene de una familia típicamente asquenazí. Su padre, Jean-Claude Reinach, desciende de una familia judía alsaciana. Su madre, Edith, es de una familia polaca por parte de madre y alemana por parte de padre. En el salón de la casa de sus padres tenían el retrato de sus abuelos asesinados. Cuando él era más joven, no soportaba verlos. Cada vez que se los cruzaba con la mirada, se sobresaltaba.

En su casa, se comía *latkes*^[3], arenques y carpa rellena. Sus padres no celebraban mucho las fiestas judías, a excepción del Kipur, durante el cual visitaban la sinagoga de la Victoria. Los fines de semana se marchaban a la playa a su pequeño chalé de Trouville. Escuchaban música *klezmer* y leían libros sobre el Bund. Despreciaban a los judíos sefardíes que tenían casa en Deauville. Se vestían de manera sobria y elegante, incluso en vacaciones. De vez en cuando, invitaban a amigos asquenazíes con los que bebían grandes copas de aguardiente de ciruela mirabel mientras se contaban chistes en *yiddish*. A veces viajaban, y siempre era a países del Este, como

Lituania, Polonia, Hungría o Checoslovaquia. Su ciudad preferida era Praga, que su madre conocía como la palma de la mano porque había sido guía turística allí. En todos esos países, no visitaban más que los cementerios judíos y las antiguas sinagogas por las que su padre siente pasión, por no decir obsesión. De hecho fue así como conoció a su madre, durante un viaje a Lituania en el que ella guiaba las visitas a los cementerios judíos. Ante tanta erudición, el padre no pudo hacer otra cosa que inclinarse.

Poco después de conocernos, nos mudamos a vivir juntos a un gran estudio del Marais. No tenía más que una sola habitación, con vigas, sillones de cuero y una mesita baja, todo de color blanco y con madera acogedora. Me sentaba en el sillón conseguido como ganga en los anticuarios del barrio, me servía una copa de vino y escuchaba música cubana, soñando despierta delante del cuadro de algún pintor joven.

Me gustaba ese barrio de París con calles estrechas y oscuras. Miraba pasar los coches y los peatones. Fuera siempre había animación. El lado judío del Marais es el barrio de los *falafels*, las librerías, los sombreros, los abrigos y las barbas largas sobre camisas blancas y trajes negros. Es el Marais antiguo, el *shtetl*, como lo llaman los judíos polacos. En los últimos diez años, el Marais ha cambiado de cara. Los homosexuales han venido a vivir con los judíos, como si los excluidos tuvieran necesidad de juntarse. Del lado de la Rue des Archives hay grupos de hombres con camisetas entalladas que se aprietan los unos contra los otros en los cafés, los bares y las discotecas hasta altas horas de la noche. El límite está en la Rue Vieille-du-Temple, una especie de tierra de nadie con su Passage du Trésor y sus restaurantes con terraza. Las dos comunidades viven una al lado de otra, sin tocarse. Es gracioso verlos tan cerca y tan distintos, los unos yendo tan solemnemente a la sinagoga el viernes por la noche, y los otros saliendo los sábados por la noche a los bares abarrotados y con gente esperando en la calle para poder entrar.

Hay un movimiento constante entre las dos partes del Marais. Cuando unos se duermen, los otros se despiertan. Por la mañana temprano, se cruzan en la calle: unos se van a dormir y los otros acuden a la sinagoga para rezar.

En el Marais hay una sensación de vida intensa y desenfreno: entre los olores de comino y canela de los restaurantes orientales que se mezclan con los sabores asquenazíes, *pastramis* y *strudels*, hay gritos y cochecitos de niño, y jóvenes que se dan cita. Los domingos, una multitud abigarrada se encuentra en los restaurantes y entonces es como si una gran familia volviera a verse, hablara, se arengara sin vergüenza y como ocurre en cualquier familia, discutiera a sus anchas.

Esa mañana me desperté atontada como el día después de una fiesta. Al levantarme, tuve la sensación de estar llena. Tenía arcadas. Estaba ahí, bostezando y salivando, entre la vigilia y el sueño. Acabé yendo a la cocina, alegrándome de antemano ante la idea de preparar un café salvador. Pero el sabor sensual se había convertido en un sabor agrio, repugnante, que, lejos de la untuosa voluptuosidad esperada, me produjo un asco tan profundo que tuve que dejar la taza, salir en tromba y volver a cerrar la puerta de la cocina para que el aroma no invadiera el salón.

Me tapé la nariz, abrí la ventana para que entrara el aire y comprobar que estaba en tierra firme y no en un barco. No había dudas: los repartidores de cajas de garbanzos, los coches que daban bocinazos a coro detrás de los repartidores, los camiones de la basura, y los peatones con prisas con barbas espesas certificaban que efectivamente me encontraba en la Rue des Rosiers.

Del otro lado de la calle, dos cocineros esrilanqueses discutían mientras fumaban un cigarrillo, y al verlos sentí que me ahogaba. Volví a cerrar la ventana, totalmente perpleja. Me pasé el día dando vueltas por el estudio presa de los sentimientos más contradictorios, dividida entre la idea de ir al médico y el miedo a tener que enfrentarme a un veredicto definitivo. Miré el espejo y dije “Barbara Dray”, para demostrarme que ese cabello negro, esos ojos oscuros, esa boca con labios brillantes y esas pecas eran sin duda míos, que era yo la que se reflejaba en el espejo y no otra mujer joven de unos treinta años que me habría substituido durante el sueño.

Por la noche, todo fue aún más extraño: yo, que generalmente no comía más que comida vegetariana macrobiótica, de repente tuve unas ganas terribles de comer carne. Nicolas, encantado del cariz que estaban tomando los acontecimientos, me propuso ir a cenar. O más bien fui yo quien lo llevé. Al entrar en “Chez Mivami” de la Rue des Rosiers, me asaltaron los olores hasta tal punto que me mareé. Devoré el bistec sobre el que previamente vacié la mitad del tarro de mostaza delante de mi incrédulo compañero. Saboreé las patatas fritas mojadas en aceite de cacahuete. Aspiraba los sabores mezclados del comino, clavo, pimienta y cúrcuma, y era capaz de descomponer los aromas. Aquel restaurante era una fiesta para los sentidos. Percibía también los olores humanos, el sudor de los camareros, y era capaz de identificar las marcas de los perfumes. Algunas fragancias me hechizaban mientras que otras me repelían.

A la mañana siguiente decidí ir a comprar un test de embarazo a la gran farmacia de la Rue des Archives. Al entrar en la tienda, fui presa del pánico. En el mostrador había un hombre y una mujer: no sabía a quién preguntar. Si me dirigía a la mujer era por complicidad, pero no me apetecía.

Pero si me dirigía al hombre, era igual de incómodo y poco natural. Además, sabía quién era, porque lo había visto la otra noche en un bar del barrio. Ya no sabía qué decir. Al final opté por pedir una cura de vitaminas y luego salí echando pestes contra mí misma, ahogándome en un vaso de agua.

Entré en otra farmacia que estaba un poco más lejos, una pequeña tienda de la

Rue Vieille-du-Temple en la que no había más que una mujer de unos cuarenta años, con lo cual no había lugar a discusión. Para conjurar al destino, acabé por comprar dos tests. Para conjurar al mismo destino, tenía cita aquella tarde pero no con Nicolas. Y además, ¿qué destino? No sabía realmente qué quería. A decir verdad, ya no sabía.

Pero no había duda: el test era categórico, estaba embarazada. Formulaba esa frase sin creérmela demasiado. Contemplaba el resultado con las manos temblorosas, paralizada y estupefacta. Me quedé unos minutos sin hacer nada, quería aprovechar mi último momento de soledad. Era consciente de que se estaba pasando una página de mi vida, aunque en ese momento aún no sabía que era mi vida entera la que iba a ser devastada.

Pasé toda la tarde delante del ordenador sin ser capaz de trabajar en el artículo que se suponía que debía escribir acerca de “la cuestión del otro de Husserl a Merleau-Ponty”.

Era incapaz de concentrarme en mi tesis o en cualquier otra cosa, presa de una excitación intensa que nacía en lo más profundo de mí, afectada por lo que me estaba ocurriendo, y más anestesiada por la importancia del acontecimiento que por la alegría de la noticia. Sola conmigo misma, sola frente a esa nueva vida. Con la extraña sensación de que se iba a producir algo inmenso e irreversible, algo de lo que no podía siquiera imaginarme todas las consecuencias, aunque tuviera un presentimiento.

Estar embarazada: sí, era verdaderamente increíble, fenomenal, era un gran vacío, sentía en mí más vacío que plenitud, era algo que me arrastraba ya lejos de mí, lejos de mi vida tal como era, como la había decidido y había conseguido que fuera hasta ese momento. Algo que ya no dependía de mí. Pero eso me pertenecía aún por unas horas, algunos minutos quizá, era un secreto para mí sola, un verdadero misterio, inmenso, bello, devastador, extraño. Ese momento de la anunciación era a la vez precioso y ardiente, pues deseaba y no deseaba decirlo, quería retener aún un poco esa información, guardarla sólo para mí.

Era un momento intenso, increíble, de sorpresa absoluta. Tenía una “buena” nueva, antigua como el mundo, y sin embargo a pesar de ser nueva, era a la vez antigua y futurista. La vida da un vuelco, de forma irreversible pase lo que pase, la vida avanza a una velocidad loca. De repente, pasaba algo incomprensible e irreal que no llegaba a comprender.

Después me llamó Nicolas, anulé mi otra cita y nos encontramos en la “Etoile manquante”, en la Rue Vieille-du-Temple. Pedimos dos mojitos. Me levanté para ir al servicio. En medio de una penumbra únicamente iluminada por bombillas minúsculas en el techo que parecían estrellas en la noche, frente a un gran espejo con dos paneles que reflejaban un decorado de ciencia ficción adecuado al fenómeno, volví a hacer el test.

No había duda, dio positivo. Me contemplaba en el espejo, y veía mi imagen reflejada, me preguntaba si se notaría, si ya habría engordado, envejecido, si estaría

distinta. Pero no, la imagen que me devolvía el espejo, partida en dos reflejos, era yo. Yo todavía joven, en dos pequeñas imágenes, a medias tintas, con contradicciones y dudas, pero sin embargo la misma... Todo lo que había hecho y conseguido, todas las luchas estaban ahí, con un gran punto de interrogación en lo sucesivo, con una gran desconocida. Esa noticia doble y movediza, inasequible e incontrolable, esa zambullida en el acontecimiento más trivial y más increíble.

Me volví a pintar un poco los labios, cogí el test y salí. Me dio vergüenza, metí el test en el bolso pero antes eché otro vistazo al “Más”.

—¿Has olvidado las llaves? —me preguntó Nicolas al cabo de un momento.

—No, ¿por qué?

—¿Has perdido algo?

—¡Claro que no!

—¿Por qué no paras de mirar dentro del bolso?

—Porque... Porque me gusta.

—¿Por dentro?

—Me gusta por dentro, sí. Un poco como tú.

—¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Claro que sí. ¿Por qué?

—Barbara, ¿estás embarazada?

—¿Cómo lo sabes?

—No ha sido muy difícil: no me das cita jamás a las siete en la “Etoile manquante”, te vas al servicio, sales veinticinco minutos después con la mano en el bolso, no haces más que mirarlo haciendo ver que te interesas en la conversación. Está claro como el agua que se trata de eso. Así que bueno, ¿te llevo a cenar a “L'As du Falafel”? ¿O a los “Philosophes”? ¿O te apetece un vino en “La Belle Hortense”?

Nos miramos, nos observamos como si fuera la primera vez. Me sentía mareada. Estaba plena, exaltada por esa nueva aventura como cuando íbamos en moto, empujada por el viento, con el mar a nuestra izquierda y el horizonte frente a mí. Estaba hechizada, por sus ojos, su sonrisa, el olor de su piel, su forma de andar, su personalidad. Pensaba en esos nueve meses. Nueve meses de felicidad intensa y salvaje, nueve meses de júbilo y profundidad, nueve meses para acariciarnos, mirarnos, soñar, palparlo, sentirlo moverse, nueve meses sobre una barriga, nueve meses sacudidos por la espera, de momentos compartidos, nueve meses desordenados, lenta progresión hacia el parto: nueve meses de nacimiento.

Tenía náuseas todas las mañanas. Me despertaba con un dolor de cabeza espantoso que desaparecía milagrosamente en cuanto comía algo. Vómitos, acidez, reflujo, asfixia al menor esfuerzo, una pequeña pérdida en cuanto estornudaba. Tenía ganas de llorar o reír sin motivo, tenía insomnio, y estaba obsesionada con la carne y también con los condimentos. Podía echarle mostaza a todo: al salmón, la dorada, la verdura, y por qué no a la fruta. Tenía los sentidos enloquecidos. Cruzar la Rue des Rosiers era un viaje entre los olores de parrilladas, especias y flores mezcladas. Me llenaba de olores, aspiraba la menor parcela de aire en búsqueda del perfume que flotaba en él. Las tartas saladas y gratinadas delante de “Le Loir dans la théière”, las parrilladas especiadas de al lado de “Mivami”, las bolitas de *falafel* delante de “L'As du Falafel”, la fritura de aceite viejo delante de “Chez Marianne”, los pollos asados y las ensaladas cocidas de la carnicería André, los panes de Korkaz y los de Finkelstein, con esas dos mujeres que siempre hablan en polaco...

Todo cambiaba a mi alrededor. Descubría el mundo a través de los sabores. Los había buenos y malos. A veces había olores tan fuertes que me ponían de mal humor. El mundo no era otra cosa que fragancias. Los hombres olían a cigarrillo, a loción para después del afeitado, a perfume, a sudor; éste olía a sal, a pimienta, a comino. Las mujeres olían a crema hidratante, a maquillaje, a pintalabios, a desodorante, a jabón; éste olía a vainilla, a leche de coco, las flores desprendían olor a jazmín, a rosa, a ilang-ilang. Cada olor era un abismo. Olores azucarados, untuosos, fuertes; olores volátiles, indecisos y otros inmóviles; olores humanos y olores animales, naturales y sintéticos, cercanos y lejanos. Algunos son únicos y permanecen como la estela de una vida pasada. Hay olores simbólicos que tienen un perfume de despecho, otros mágicos de los que se llena el corazón a la vez que el cuerpo. El olor es un movimiento del alma. Es tanto rechazo como consentimiento. También había familias de olores, relaciones posibles aunque incongruentes entre el vino y el chocolate, el azahar y el pescado, el salmonete y el Ajax...

Dentro de mí vivía otro, un alien, un extraño que modificaba mi cuerpo y lo dirigía, un ser que tenía sus propios gustos y deseos, y que me gobernaba desde dentro. Algo en mí trascendía. Me invadía un sentimiento de existencia como el de ciertos místicos por Dios: lo viven en su carne tanto como en su espíritu. Para Nicolas era distinto. Seguía con su vida y se levantaba para ir a trabajar de la forma más natural del mundo. El día de la primera ecografía llegó tarde a la cita con el radiólogo. Pero al salir, me miró de forma extraña, con lágrimas en los ojos. Acababa de entender, al ver el cuerpecito moverse en la pantalla, que algo estaba ocurriendo en su vida, en nuestra vida.

Para mí lo más duro era dejar de beber. Delante de la mirada de repente puntillosa de mi compañero, era imposible beber ni siquiera una gota de alcohol bajo pena de culpabilización y mortificación extremas.

Se habían acabado las risas por nada, las grandes elevaciones que suscita el alcohol, el estado de ingravidez tan agradable después de la tercera copa de

champaña, la sensación de planear por encima del mundo en estado de gracia. Intenté sustituir el alcohol por otra cosa: Canada dry, cerveza sin alcohol, zumos de zanahorias. Pero no, era todo inútil.

El imperativo categórico cayó sobre mí, tan tajante como una cuchilla. Era responsable de otro aparte de mí.

Me miraba el cuerpo en el espejo todos los días. Ese cuerpo que cambiaba, que engordaba a ojos vistas. Estaba trabada dentro de ese nuevo espacio. No me sentía en forma. Dormía. Incluso dormía todo el rato, debido a la hormona del sueño que acompaña al embarazo.

Durante una sesión de preparación al parto en el hospital, me encontré con unas quince mujeres embarazadas jadeando, y me pregunté si todavía éramos humanos o bien un rebaño. Resultaba tan humillante encontrarnos todas juntas y ver a la otra como un espejo deformante, que me fui, presa del pánico, antes de que terminara la sesión. En la calle todo me daba vueltas. Me daba vértigo ser igual a todas aquellas mujeres embarazadas, entrar en ese molde preestablecido de la vida que continúa, estar obligada a preparar el parto si quería que todo fuera bien, hacer lo que hay que hacer pues estas cosas no se pueden tomar a la ligera.

La forma en que los hombres me miraban había cambiado. Era una mirada vacía que pasaba sin deseo, o incluso curiosa o condescendiente, a veces incluso vagamente asqueada. En pocas semanas se me deformó el cuerpo, los músculos adelgazaron a ojos vistas y la celulitis asquerosa ganó terreno de una forma particularmente solapada. Un cuerpo a la deriva. Mi objetivo cambió; ya no pretendía parecerme a Cameron Diaz en *Los ángeles de Charlie I*, sino a Audrey Marney embarazada en la portada de *Elle*: en ella sólo sobresalía la barriga, todo lo demás era delgado.

Me convertí en la única mujer embarazada en estar a dieta. Mi cálculo era el siguiente: el bebé recurre a las reservas de su madre para nutrirse, y es por eso por lo que las mujeres almacenan grasa, para alimentar a los bebés en caso de necesidad, y todo eso por la supervivencia de la especie. Ahora bien, si no comía mucho, el bebé devoraría todas mis reservas de grasa como la tenía y así adelgazaría.

Nueve meses mirando un cuerpo que evoluciona contra todos los parangones de la sociedad... Menos mal que existe Demi Moore. Las mujeres nunca darán gracias suficientes a la actriz americana por lo que hizo por ellas. Hizo tanto como Simone de Beauvoir por la liberación de la mujer. La liberó de la vergüenza del embarazo. Ahora la barriga se ha convertido en un accesorio. Después de la portada de *Vanity Fair*, nada volvió a ser lo mismo. Demi Moore posando desnuda y embarazada con su apéndice de ocho meses y el titular: "*More Demi Moore*". Se quería creer en esa liberación. Así pues una mujer embarazada era algo bello. Gracias a la magia de la comunicación, era algo mostrable e incluso lleno de gracia.

Desgraciadamente, unos años más tarde se divorció de Bruce Willis para juntarse con un joven actor de 22 años. Con 40 años ahí está en traje de baño en *Los ángeles de Charlie II*, con un cuerpo perfecto, más perfecto que nunca. *Less Demi Moore*. Había que estar delgada de nuevo, delgada hasta el punto de desaparecer tras un poste, como en el anuncio de los yogures Silueta.

Naturalmente, me resultaba muy difícil trabajar en esas circunstancias. Todo

aquello me ocupaba mucho la mente. No podía evitar pensar en ello. Cuantos más días pasaban, más inválida me sentía. Me quedaba sin aliento al subir la escalera. Me dejaba caer pesadamente en cualquier sofá.

No había renunciado a la moto; Nicolas me llevaba detrás como siempre y conducía con mucha prudencia. Al quinto mes y después de mirarme con curiosidad, le oí decirme en tono molesto, mientras sacudía el polvo del asiento de cuero:

—Esta vez se acabó, corazón. En adelante irás en coche.

Llamé a un taxi. Me encontré en el asiento trasero de un vehículo que apestaba a tabaco. Quise abrir la ventanilla pero el conductor me lo prohibió, con lo cual le dije: “Muy bien, pero es a su cuenta y riesgo”. El hombre se detuvo bruscamente y me gritó que saliera del coche.

Me encontré en la calzada, caminando hacia el lugar de la cita. Me dije a mí misma que era un momento crucial. ¿Por qué estaba caminando sola de noche? ¿Qué hacía en esa ciudad, en ese país en el que uno paga para que lo insulten? ¿Qué sentido tenía traer un hijo a un mundo tan lamentable?

Afortunadamente existían las noches; desde que estaba embarazada no pensaba en nada más que en el amor. Ocurría lo mismo que con los olores y los sabores. Todo me parecía más fuerte, más intenso, más hermoso. Voluptuosa y exaltada, resultaba irresistible, o al menos eso creía yo. Pues los hombres no miran a las mujeres embarazadas de esa forma. Si supieran... Si supieran lo que pasa en el cuerpo de una mujer embarazada, la inmensa turbación hormonal que confiere una feminidad desbordante, sin duda nos mirarían con otros ojos. En el noveno mes, con los sentidos como locos y las hormonas en el clímax, me sentía feliz y realizada. Me encontraba mejor que nunca, en la cumbre de la sensualidad. Como si por fin fuera yo misma, como si todas las barreras, todas las censuras, todas las inhibiciones hubieran desaparecido. Estaba gorda, desde luego, pero por dentro era una forma absoluta, depurada de mí misma.

Nicolas me miraba con pavor, con circunspección, con adoración. Mientras me consumía de deseo y de concupiscencia hacia él y el género masculino en general, me respetaba. Estaba orgulloso de esa aventura, pero no estaba en el mismo estado que yo. Para él yo era dos; era madre y era mujer embarazada. Ya no era amante. A medida que mi cuerpo engordaba, su mirada se enternecía. La distancia se instaló entre nosotros, de día en día, sutilmente, y sin hacer ruido.

Esperaba, como yo. De hecho, desde hacía varios meses no hacía otra cosa que esperar. Me quedaba en casa con los brazos cruzados. Hacía las compras por Internet. Comía. Dormía. Soñaba despierta acurrucada y con la mano en la barriga. Intentaba imaginarme el bebé y nuestra vida juntos, los tres en nuestro pequeño nido. Veía el bebé rosa en su cuna y nuestras dos cabezas inclinadas sobre el querubín... Pensaba en el momento en que iba a dormir con él, los dos en nuestra cama, para reencontrar la unidad perdida de nuestros cuerpos abrazados en el abrazo de la vida. Esperaba la vida. Entonces aún no sabía que rimaba con anarquía.

Tres días antes del día D decidimos que ya había llegado el momento. Sí, había llegado el momento de ir a “Sauvel Natal”.

“Sauvel Natal” es todo un mundo. Es un templo del bebé. Un supermercado para querubines, un sitio en el que se encuentra todo lo necesario a buen precio. Necesitábamos una cama urgentemente. Fue allí donde empecé a entender que el recién nacido es una industria, y que mucha gente vive sobre su barriguita regordeta.

Entramos en ese universo irreal en el que había millones de sonajeros, pañales, ropitas de niño, biberones, sacaleches, sujetadores de lactancia, copelas de lactancia, termómetros, esterilizadores, calienta biberones, así como cochecitos de bebé, cunas, cucos de todo tipo, y camas, una gran variedad de camas para bebé. Una mujer joven que parecía estar muy concentrada tras sus garitas rectangulares nos atendió dándose aires de importancia.

Al cabo de una hora de explicaciones sobre las distintas marcas, acabamos por llevarnos una cama de barrotes, una cuna y un parque, y siguiendo los consejos de la dependienta, decidimos comprar un cuco para llevar al bebé.

—Entonces —nos dijo ésta, que no nos dejaba dar un paso sin soltarnos—, pueden llevarse la tumbona, pero no deben dejar que su bebé esté en ella más tres horas, pues no es nada bueno para la columna vertebral del niño, corre el riesgo de padecer graves problemas de espalda cuando sea mayor, tipo escoliosis o peor.

En lo que concierne a las silleas, había la Pliko de Peg Perego, un modelo con ventajas desde el punto de vista de la relación calidad-precio, pero sólo la tenían en color beige y caqui. ¡Aunque también podíamos llevarnos una sillita bebé-comfort con el chasis de Elite! Pero desgraciadamente, en lo que se refiere al plegado y el almacenamiento, la de Elite es claramente peor que la de Loola.

Si no, en BBC tienen la de Activ, con un plegado extremadamente práctico pero únicamente con un cuco y sin cestilla.

También podíamos comprar el cuco de Créatis y el de Windoo, mejor que el de Urban o el de Activ, con la condición de no poner más que un cuco, ya que el chasis es demasiado ligero. Qué lástima, pues el de Carrera tiene un plegado muy práctico.

Dudaba. “Sauvel Natal” es una especie de infierno para las indecisas patológicas como yo que se pasan el tiempo cambiando de opinión. Además, en aquel lugar no había más que mujeres embarazadas. Daba la impresión de que iban a dar a luz en cualquier momento. Encantadas, llenaban el carrito con *bodies* para recién nacido, termómetros para el baño, baberos y otros artículos “indispensables para los recién nacidos”.

Al cabo de tres horas, agotados, estresados y a punto de discutir, nos fuimos con: una cama de barrotes, un parque, un moisés, un Maxi-cosi, una tumbona, un cochecito, una sillita Pliko de Peg Perego, una silla paraguas, un porta bebés tipo canguro y un porta bebés en bandolera, porque éste es mejor para la espalda del bebé, pero sólo se usa a partir de los ocho meses. Todo eso para un peso pluma de tres kilos...

Ese año, intenté concentrarme sin éxito en mi tesis. Desde que me había convertido en un cuerpo ya no me interesaba nada la filosofía. Por más que luchaba contra ese estado y me decía a mí misma que el problema de las mujeres se debe al hecho de que desde siempre los hombres han ejercido un control sobre sus cuerpos y en particular sobre su capacidad procreadora —lo cual ha llevado a la confusión propia de la filosofía occidental entre las mujeres y el cuerpo—, estaba inundada por mi propia corporalidad. Leyendo los libros de la autora de *Segundo sexo* me había liberado de las cadenas. Una no nace mujer, sino que se vuelve mujer. Las mujeres tienen que trabajar y asumirse como los hombres.

No hay razones para confinar a una mujer a educar a los hijos en casa.

Y además había leído a Elisabeth Badinter. Una no nace madre, se vuelve madre. Es la sociedad la que lo construye todo, incluso la maternidad. En el s. XVII, las mujeres mandaban a sus bebés al campo, con la nodriza, y éstos no volvían hasta que tenían una edad presentable. No fue hasta Rousseau cuando empezó el interés por el bebé y la lactancia, bastante tarde, por cierto. El bebé es un invento de la modernidad, surgió con los pañales y el jabón especial para bebés. Se ha convertido en fuerza económica a la vez que en fuerza psicológica. Una mujer puede realizarse totalmente sin necesidad de tener hijos: el instinto maternal es un mito moderno.

Tenía miedo. No tenía dotes maternas. No había fantaseado nunca con estar embarazada. No me lo había imaginado nunca. No me habían interesado nunca los bebés, y los niños no me gustaban especialmente. Todo lo que tenía relación con la infancia me parecía tonto y aburrido. Incluso de niña, no deseaba otra cosa que dejar de serlo lo antes posible. ¿Cómo me las iba a apañar?

Intentaba concentrarme y pensar en otra cosa, pero desde que sentía el bebé moverse dentro de mí, me resultaba imposible. Me sentía cada vez más pesada y lo único que deseaba era quedarme en casa, hundida hasta los codos en el sillón, con los pies en alto sobre la mesa y estudiando compulsivamente *Espero un hijo*, la obra maestra de Laurence Pernoud. Me había hecho con el ejemplar de mi madre, ya que Laurence Pernoud ya hacía estragos en su época; cualquiera diría que a falta de encontrar el secreto de la maternidad, había encontrado el de la eternidad.

Así que, en vez de dedicarme a la tesis, me lancé a hacer un estudio comparado del Laurence Pernoud de 1970 y la edición del 2000. En los dos había los mismos consejos útiles para las futuras mamás, así como palabras de aliento...: tiene un hijo, ¡es maravilloso! ¡Su vida va a cambiar! Su relación de pareja va a zozobrar pero todo va a salir a pedir de boca, puesto que hay un capítulo sobre “esperar un hijo sola”. La van a despedir, lea el capítulo sobre sus derechos como mujer embarazada. Va a tener náuseas, no hay nada que hacer; va a tener unos dolores terribles pero existe la peridural y las que no la quieran ¡pueden consultar el capítulo sobre el parto natural! ¡Es tan maravilloso tener un hijo! ¡Su pequeño cielín va a salir pronto y lo va a querer muchísimo, puesto que es la cosa más bonita que le habrá sucedido jamás!

Disponía de muchísima información sobre las preguntas que asaltan a cualquier

mujer embarazada: ¿cuándo tengo que ir a la clínica? ¿Qué me tengo que llevar? ¿Cuántas camisetas, baberos, gorritos, sostenes y camiones? ¿Mi marido debe asistir al parto? ¿Tengo que recurrir a la peridural? Etc. El vademécum de la mujer embarazada que quiere sobrevivir en el medio urbano. Sin embargo, constaté que la Laurence Pernoud de 1967 era mucho más liberal que la de 2000. Primero, con el cigarrillo; en 1967 se podía fumar estando embarazada, no suponía un problema ético. En 2000 es un crimen contra la humanidad.

Hacía ya varias semanas que no pegaba ojo mientras que Nicolas dormía a pierna suelta. Me preguntaba cómo conseguía estar tan poco angustiado. Durante las noches en blanco, no hacía otra cosa que pensar en el hijo que iba a nacer, me hacía muchas preguntas, estaba asustada con ese cambio de vida. Parecía que Nicolas se tomaba las cosas con una despreocupación desconcertante.

Durante la última visita al ginecólogo, vi una pareja joven que salía del hospital con un cuco en el que descansaba un bebé minúsculo. Parecían felices con su preciosa carga. Eran delgados y guapos, iban vestidos con ropa chic de estilo Max Mara, y caminaban con elegancia hacia su Renault Espace. He ahí algo muy reconfortante. Era posible marcharse contentos en un coche sólido y flamante transportando un querubín con una sonrisa beatífica y plácidamente dormido.

En las noches de insomnio, dejaba que el ratón vagara por los foros para mamás en Internet. Había tantos que no sabía en cuál participar, *www.bebe-zone.com*, la página de mamás de *msn*, constaba de una parte de *casting* de bebés en el que pude ver bebés fotografiados por su mamá. Había bebés en camión, bebés en traje de baño con gafas de Chanel, bebés en pijama, vestidos para la playa; en resumen, bebés maniqués cosificados por su mamá que intentaba sacar algo de dinero o tal vez cargarlos con el peso de una vocación fracasada. Algunos tenían ya rasgos de adulto, otros, con una cabeza calva y sobredimensionada, mostraban una sonrisa desdentada, como si fueran viejecitos o quincuagenarios con el pecho cayendo sobre el barrigón. Había que rendirse a la evidencia: los bebés no son guapos.

Después intenté en *www.mamanaparis.com*, una web para las madres que viven en la región parisina, puesto que necesitan consejos específicos... Al cabo de un rato, estaba demasiado angustiada por todos los problemas de canguros y salidas, así que decidí visitar el foro de *www.maman.fr*, pues abordaba con franqueza todo lo que se preguntan las e-mamás en el foro “Club de las ballenas”. Así me enteré de bastantes cosas acerca de la aventura que me esperaba.

Especialmente: los personajes clave en esta historia poseen apodos en los foros de Internet. Por más que cambien de cara, siempre son las mismas: la comadrona, llamada “CM”, el ginecólogo, llamado “gygy”, la suegra, llamada “SG”, el marido o incluso el “machote”.

Estoy en la sala de partos.

Está a punto de producirse el momento fatídico y Nicolas no ha llegado. La comadrona es joven, tiene los ojos de un azul descolorido y parece infinitamente cansada. Me instala en la mesa de partos. La sala es de color amarillo. Yo también estoy amarilla. Estoy aterrorizada con la idea de tener que dar a luz sola sin mi compañero. La comadrona coloca el monitor que recoge la frecuencia de las contracciones. Me quito la correa del artefacto. Me levanto de la mesa de partos. Bajo las escaleras de la clínica, con la bata blanca abierta por la espalda. De repente, miro a mi alrededor. Ahí, fuera, está el Patio de los Milagros. Hay una docena de mujeres con contracciones esperando una cama. Vuelvo a la sala de partos a toda prisa. Me retuerzo de dolor mientras la comadrona me mira exasperada como si yo fuera muy remilgada. Por fin llega la anestesista. Ella también parece estar agotada. Me dice que me esté muy quieta. Me muevo porque tengo un terror pánico a las inyecciones. Me agarro a la comadrona que me comunica que prefiere que no la toque. Pone cara de asco. Después la anestesista me da una pequeña bomba. Le pregunto sobre la naturaleza de ese objeto. Se ofende porque no he asistido al curso de la peridural. Y por consiguiente, se niega a explicarme nada de nada.

La bomba sirve para añadir anestésico después de la inyección de la dosis de prueba. Pero como lo no sé, no la aprieto, a pesar de que aúllo de forma salvaje. Dolor insoportable, increíble, feroz. Dolor lacerante, asolador, fulgurante. Dolor del alumbramiento, dolor de la infancia. Dolor pasajero y eterno, originario, atroz y noble. No soy nada. No soy más que espasmo y convulsión. No sé qué hora es, ni qué está pasando, ni por qué estoy aquí. Se me va la cabeza. No pienso dar a luz. La mujer es así, ¿y? Después de haber cargado con el hijo durante nueve meses, ¿aún tiene que sufrir más para dar a luz? Pienso en Eva en el paraíso y me pregunto por qué tuvo que cometer la falta de comer el fruto prohibido. Podría haber pensado en todas nosotras. ¿Y por qué recibió semejante castigo? ¿Acaso es razonable tener que sufrir tanto?

Ahora entiendo la importancia del mito fundador. Estoy emocionada de que los redactores de la Biblia pensaran en nosotras las mujeres. Me digo que aquellos hombres debieron de asistir a este calvario. Se inventaron todo este asunto para justificar, explicar y dar algún sentido a este dolor. Para ello escribieron nada más y nada menos que el Génesis. Para animar a las mujeres a reproducirse, a pesar de todo. La amabilidad de Elohim^[4] me conmueve. Pares con dolor porque comiste del árbol. Querías ser como Dios pero hete aquí en tu condición de mortal, tirándote por el suelo cuando te creías eterna. Te creías Dios, creías que eras inmortal, irreal, espiritual. La serpiente te adulaba. Por un momento te lo creíste. Desde ahora, sabes quién eres: una mujer.

Me preocupa una idea absurda: se habla mucho del sufrimiento de Jesús pero nada del de María. En una de mis noches de insomnio vi un documental sobre un parto en un país de África. La mujer ni siquiera gritó, no profirió ni un solo gemido, y

el bebé, al que tuvieron que reanimar mediante el boca a boca, tampoco. Tal vez fue así como María dio a luz. ¿Cómo se las apañaban las mujeres antes de que existiera la peridural?

¿Y cómo lo consiguió mi madre? ¿Por qué no me ha dicho nada? ¿Por qué nadie me ha explicado nada?

Existen varios debates entre las mujeres embarazadas: peridural, sí o no; lactancia o biberón; conocer el sexo del hijo, sí o no; amniocentesis, sí o no. Todas se resumen a una misma pregunta: maldición, ¿sí o no? Acabar con ello de una vez, ¿sí o no? Algunas mujeres hacen como los hombres y se lanzan de cabeza al trabajo, sin saber que es una maldición. Pero las mujeres, tras liberarse, se han endosado la maldición del hombre además de la suya propia: se han puesto a trabajar además de parir. Las mujeres estamos naturalmente deshonradas y culturalmente malditas.

Más tarde todo se me borró de la memoria como por arte de magia. Intelectualmente sé que me dolía mucho, pero psicológicamente era como si no hubiera notado nada. Como si aquello no le hubiera ocurrido a mi cuerpo, sino a otra que me lo habría contado. Creo que es la razón por la que las mujeres no hablan de ello, o se sienten incómodas, y es la razón también por la que pueden tener varios hijos mientras que, en el momento, parece imposible. ¡Se borra todo! ¡Tiene que haber un programa en el cerebro que borra el recuerdo del dolor del parto! Cada vez que intento volver a recordar lo que sentí, la memoria se resiste. O incluso peor: a medida que pasa el tiempo, pienso en ello como un sufrimiento agradable, como un momento difícil pero placentero. Tengo cierta nostalgia de las contracciones previas al parto. Intelectualmente sé que fue difícil, pero psicológicamente me emociono cuando lo recuerdo.

Estoy dando a luz. Oigo unos pasos detrás de mí, el sonido de una respiración. Es Nicolas. Es así: una empieza enamorándose y acaba con los pies en los estribos. Una tiene miedo de estornudar delante del otro y luego está ahí, delante de él, perdiendo sangre, con el sexo abierto de par en par y en el gran traumatismo del nacimiento. Es un error monumental, me digo a mí misma, estoy cometiendo un error monumental.

Fue Nicolas quien escogió el hospital de Notre-Dame-du-Bon-Secours^[5] (tal vez por eso no paro de pensar en la pobre María) porque en él trabaja su amigo Marc como tocólogo.

Marc está aquí, al lado de Nicolas. Como gimo, éste aprieta la famosa bomba, a pesar de que tengo la parte inferior del cuerpo totalmente insensibilizada. La peridural es un gran avance para la humanidad. Es una burla para Dios por castigar a Eva. En un minuto paso del infierno al paraíso.

De repente, mi compañero sale corriendo de la sala. Después se oye un estrépito: se acaba de desmayar. El equipo de cuidados me abandona para ocuparse de él. Más tarde, me enteré de que me habían hecho una episiotomía para que el bebé pudiera

salir.

Está aquí, sobre mi barriga, de espaldas.

El ginecólogo le pide a la comadrona que vaya a buscar al padre. Aparece, azorado. Está afectado. A pesar de lo que sostiene Laurence Pernoud en la versión del 2000, no es una buena idea hacer participar a los compañeros en el parto, conforme a lo que afirma Laurence Pernoud en 1970. Yo no he visto nada ya que había una sábana que lo tapaba todo. Pero él parece tan horrorizado como si acabara de salir de una película de terror en la que la actriz principal era su mujer. Está alelado. Los hombres son poca cosa. Son demasiado sensibles. No saben lo que son las menstruaciones, las náuseas, el embarazo, el parto, la episiotomía. Los hombres son mujeres felices.

Nicolas mira el bebé sobre mi barriga. Entonces empieza a sonreír. Sigo sin poder ver el rostro del querubín, que lejos de ser el bebé rosa y sonriente que esperaba, presenta todas las características del mono: peludo, sucio, pringado de grasa y secreciones, rojo y violáceo, nada atractivo.

Se lo llevan, no veo más que dos muslitos peludos colocados sobre mi barriga.

Estoy sola, en la sala de partos, durante más de dos horas. Quiero ver el bebé. Pero no me dejan porque tengo fiebre. Nicolas ha salido detrás de los muslitos y las comadronas muy atareadas.

Cada uno ha vivido esto para sí, y cada uno ha salido solo, separado. Ahora ya sé que hay un antes y un después. Para él, por haber visto lo que no debería haber visto. Para mí, por haberle visto no ser capaz de ver. Para mí, por la vergüenza de la desnudez absoluta del parto. Para él, por el horror de la revelación del misterio de la vida.

La vida es un caos en el que algunos se esfuerzan por poner un poco de orden: los únicos que no le tienen miedo al cuerpo, que no ven la vida como un horror, se llaman médicos. Los demás mortales se refugian en la ilusión de que la vida es espiritual y que el nacimiento es amor.

Marc sugirió a Nicolas que mirara la episiotomía, pero éste tuvo la sensatez de perder el conocimiento.

Marc insiste junto a mí que me mire en el espejo y admire el trabajo de costura que han hecho en mi vagina.

En un parto, te rompen por dentro y luego te cosen con hilo y aguja.

Nicolas se había marchado ya que después de las 22:00 horas están prohibidas las visitas. Estaba sola. Sola con mi episiotomía, mi globo vesical y mi bebé.

Había traído al mundo a esta cosa y, ahora, ¿qué iba a hacer? El cordón umbilical todavía estaba rojo, mojado, ensangrentado. Era la única huella que demostraba que había estado ahí, en mi barriga, incluso aunque pareciera increíble. Era incapaz de tocar aquel apéndice ensangrentado. La puericultora me había enseñado cómo hacer las curas del cordón pero eso me provocaba una especie de pavor.

Nicolas... se podría haber quedado para ayudarme. De repente, me acordé de que ni siquiera podía poner un pañal. Tampoco sabía cómo bañarla. No tenía ni idea de lo que había que hacer con un bebé. Pero era normal: no lo había aprendido. No había ido a los cursos. Los bebés de plástico que había que sumergir en las mini-bañeras me parecían grotescos. De repente me empezó a entrar el pánico ante la idea de que la niña se despertara. Estaba sola. Era de noche. Fuera estaba todo oscuro, apagado y vacío. Con aquel bebé en una habitación de hospital sentí todo el peso de la desesperación cayendo sobre mí. Como un desánimo ante la idea de lo que iba a suceder después, una tristeza abismal.

En ese momento se acabaron los efectos de la anestesia. Empezó el dolor. Había bebido pero no podía orinar debido a la anestesia. Estaba rota por dentro y era incapaz de levantarme.

Primera noche con mi bebé, mejilla contra mejilla, dos a las que habían arrancado, dos que estaban rotas, que se habían hecho daño mutuamente, la una naciendo y saliendo de la otra, la otra reteniéndola a pesar suyo. Cada una de ellas se hizo daño, y ahora tocaba reconciliarse y quererse. Están en el mismo barco, en el mismo berenjenal, compañeras de infortunio, están las dos en el mundo y hay que apañárselas con eso.

A pesar de todo había que quererse y vivir. En la cama, las dos, éramos dos hembras, y quería ser como un animal en su madriguera, lamerla y que mi cachorrita me lamiera. Quería que fuera así, dos animales en una cama, para nada civilizados. Era incapaz de limpiarme y cuidarme como debería haberlo hecho, y totalmente incapaz de lavarla a pesar de las amenazas de las puericultoras; no podía levantarme, estaba rota, sangraba, y entonces habría querido que no nos lavaran a ninguna de las dos; que nos dejaran y quedarnos juntas en nuestra sucia condición de humanos, reparándonos, ya que era lo único que podíamos hacer.

Se me quedará grabada para siempre la imagen de ese bebé mamando mi dedo en un éxtasis que no era otro que el hambre.

Por primera vez la alimenté de mí, le di mi cuerpo para que comiera, la eucaristía sagrada, le di mi corazón para que comiera, pero aún no la quería. Era tímida, ella era una desconocida para mí, una íntima desconocida que había salido de mí y que ya no era más yo, le daba lo que yo era y lo que no era. Estaba celosa de ella, yo era vieja, estaba disgustada, rota, cansada, mi vida estaba detrás de mí, y la pequeña, exuberante en su fuerza, con su vigor totalmente nuevo, hacía de mí su pasado, el

pasado. Ella me superaba, le había dado todo, y todavía no sabía si la iba a querer. ¿Y si no la quería? ¿Y por qué razón la iba a querer? Tal vez nunca me entendería con ella. Tenía que llevarla a casa, bajo mi techo, a mi casa, cuando ni siquiera la conocía, aunque la había llevado ya dentro de mí durante nueve meses.

La pequeña abría los ojos y los volvía a cerrar, extrañada en medio de su desesperación. Estaba ahí, de repente, echada al mundo sin haberlo pedido, estaba ahí y no me tenía más que a mí, y yo era quien le iba a explicar todo. Era el ángel de la guarda que la acogía en este mundo al que había finalmente considerado suficientemente bonito como para hacerla venir.

Pero, ¿cómo hacerlo, cuando yo estaba naciendo igual que ella? Era su madre y ella era la mía. Nacía a ella, nacía al mundo por ella, me había alumbrado y por eso estaba dolorida, emocionada, abollada. Nacía del nacimiento de mi hija, afectada por ella. Era una aventura e íbamos a compartirla, en adelante estábamos condenadas a vivirla juntas.

Le propuse darle el pecho por primera vez. Era natural, mamaba. Me sentí algo irritada debido a aquel gesto ardiente. Me dolía y ella, llena de vida, quería ya tomar más de mí. Por ella mi vida estaba detrás de mí. La suya acababa de hacer eclosión. Estaba resentida contra ella por haberme hecho tanto daño. Y al mismo tiempo, tenía ganas de protegerla, mimarla, cubrirla como a un pajarillo caído del nido.

Así pues daba el pecho a mi hija que, al final, resultó ser la mejor puericultora. Para mi sorpresa, mi bebé de cuatro horas sabía perfectamente cómo había que mamar y se aplicaba a hacerlo con una fuerza y una determinación fenomenales. Con los ojos fijos en la teta, concentrados, con la boca vorazmente enganchada al pezón, sacaba del pecho lo que necesitaba para vivir. No necesitaba que le dieran explicaciones. No necesitaba ningún manual ni ningún cursillo. Iba solita, sin instrucciones... Parecía sabia. Una brujita que lo sabía ya todo del mundo y del más allá, y que volvía de un viaje muy largo. No tenía inocencia. Era docta y determinada. Su mirada era profunda, extraña y penetrante. Quería decir algo, revelar un secreto esencial sobre Dios, sobre el mundo, sobre la eternidad, pero no tenía palabras con que hacerlo. No salía de mi asombro. ¿Quién se lo había dicho? ¿Quién la había enseñado? ¿Cómo podía saber algo que yo, su madre, ignoraba? ¿De dónde venía?

Hacía una mañana radiante. Preparamos las cosas, cargamos con la cuna, con el precioso lote, y nos fuimos, cogimos el ascensor, nos miramos y nos latía el corazón. Dejamos el hospital. En el umbral de la puerta me sentí triste: ya no era yo, llegué siendo una y volvía siendo dos. Éramos dos, y ahora volvíamos tres.

Me desmoroné en la cama. Pensaba en la joven pareja que había visto marcharse antes de dar a luz. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Apenas cinco días y, sin embargo, me parecía una eternidad. Cuántos acontecimientos. Vaya acontecimiento. Un feliz acontecimiento, así lo llaman. En efecto, qué felicidad y qué desgracia salir del hospital, sitio confinado, fuera del tiempo y de la realidad, teatro de ese acontecimiento, de todos esos felices acontecimientos. Salir; no, no era como me lo había imaginado. Tal como estaba, embutida en la faja de red, me resultaba imposible sentarme y ponerme derecha, y pensaba: cuando nos encontramos, éramos tan atentos y delicados, era todo tan romántico... Yo, que no me atrevía a estornudar delante de él. De repente, nos encontrábamos lejos de las puericultoras y las comadronas atareadas, solos los tres pero solos en la casa que se había convertido en la casa de una familia: miré a mi alrededor, ahogada en la desesperación que tenía de estar allí, de estar de vuelta.

Nicolas fue el primero en comentarlo: nuestro estudio no estaba adaptado a nuestra nueva vida. Era demasiado pequeño para tres personas. El Rabino Tordjmann de la librería que había en la Rue des Rosiers le había avisado de que había quedado libre un apartamento al lado del suyo. Tenía 4 habitaciones. Podíamos comprarlo antes de que saliera al mercado, ya que conocía a los propietarios a través de su red Lubavitch. Eso nos evitaría el jaleo que suponía tener que buscar un apartamento en París. Preparar el *dossier*, buscar avales, no conseguir el apartamento, y vuelta a empezar, visitar de nuevo... Pero si queríamos ese apartamento, había que reservarlo enseguida. Eso quería decir que teníamos que ganar más dinero. Desde hacía muchos años, Nicolas había rechazado todas las propuestas de trabajo que se le habían presentado. Pero esa libertad tenía un precio: ya no podíamos seguir así. Se había acabado la vida bohemia.

Nos fuimos jóvenes, libres y locos; ahora volvíamos siendo una familia. No volveríamos a ser los mismos nunca más. No volvería a ser la misma nunca más. Hasta su nacimiento, había sido una persona que se construía poco a poco; ahora todo se había acabado. En adelante, sería vieja. Yo era el pasado. No viviría más al día. Era responsable de otro, aparte de mí. Nunca más estaría despreocupada. Nunca más estaría sola. No iré más en moto. No saldré más por la noche sin pensar en la que me espera. Y después, seré yo quien la espere cuando ella salga. Desde ahora, estaba habitada. Estaré siempre ligada a ella. Había traído al mundo a un hijo y ese hijo me había traído al mundo a mí. Era ella quien me había dado a luz. Otro yo: pesado, consciente, desengañado. ¿Qué queda por saber de la vida cuando se ha dado la vida? Ya no tenía ninguna ambición personal, ya no tenía tiempo para ello, mi vida ya no me pertenecía. No era más que un hueco, un vacío, una nada. Desde ahora, era madre.

Contemplamos por última vez el apartamento, el teatro de nuestro encuentro. Todavía había susurros de nuestros abrazos, de nuestras promesas, de nuestros sueños.

Se había acabado. Se habían acabado las fiestas en el estudio con amigos hasta el amanecer. Nos íbamos. Era consciente de estar abandonando para siempre un período de nuestra vida, y que nuestra juventud y nuestra despreocupación formaban ya parte del pasado. Miré por última vez el apartamento cubierto de cartones con la sensación de estar viendo una puerta que se cerraba para siempre.

Nuestros nuevos vecinos de rellano eran, a la izquierda, los Tordjmann, de la librería, con sus diez hijos; y a la derecha, Jean-Mi y Domi, cuyos dos hijos se llamaban Chloé y Aglaya, que eran dos jirafas de peluche. Jean-Mi y Domi tenían en los bajos el edificio una videoteca que se llamaba “Homonyme”^[6], enteramente decorada con pieles de leopardo y objetos *Kitsch*, como muñecas Betty Boop, animales de plástico rosa y pequeños globos con una Tour Eiffel dentro y llenos de nieve. Eran cinéfilos y conocían el nombre de actores olvidados como Mulène Demongeot, Thérèse Lyotard, o incluso Pierre Cosso, que tuvo un papel en *La Boum*, con Sophie Marceau. Cada vez que nos los encontrábamos, ya fuera en la videoteca, o en la escalera, había que darles dieciséis besos: cuatro a cada uno para decir hola, y cuatro para decir adiós. En casa de los Tordjmann todas las semanas se reunían para estudiar la Cábala un rabino que fumaba cigarros puros, un psicoanalista-actor, un galerista, un ex periodista, y un montón de personajes con el sombrero puesto. Eran las únicas personas que frecuentábamos. Por lo demás, nos encerrábamos en nuestro apartamento, atónitos con los lloros del bebé.

Años de individualismo reducidos a la nada, así, de repente. El café recalentado tres veces en el microondas, la camiseta que uno se pone deprisa y corriendo, el vaso de café que se cae cuando el bebé ya se ha dormido, el café que se derrama y el bebé que se vuelve a despertar... La ducha en la que corre el agua, a la que se entra furtivamente antes de salir otra vez sin haberse enjabonado porque el bebé está berreando. Cuando por fin dormía, la vida retomaba su curso durante dos horas, y me daba prisa por cumplir con todas las tareas que no había podido hacer —facturas, llamadas, ordenar—, y vestirme antes de mediodía se convertía en el mayor desafío del día.

Todo había sido tan rápido... El bebé, la mudanza, el cambio de trabajo... Mientras la niña dormía, deshice mis cajas de cartón donde estaba toda mi vida. Antiguas fotos de las vacaciones, antiguas cartas de novios olvidados, palabras tiernas. Vivimos sin darnos cuenta y un buen día envejecemos. Las fotos se acumulan en las cajas, junto a postales y billetes de avión usados. Y el tiempo pasa, reduciéndolo todo a nada, dominando los seres y las cosas, magnífico, impresionante, el tiempo como el verdadero Dios del hombre, que lo crea y lo reduce a polvo.

En una caja estaban mis veinte años y los miraba sin nostalgia. Entonces estaba demasiado angustiada para ser feliz. Todavía era un bebé dependiente de la madre. Escuchaba todo lo que ella decía, sin mirada crítica. No hacía ninguna elección en mi vida bajo el imperio de la culpabilidad. En las fotos de la adolescencia, arrastraba mi malestar. Estaba gorda, llevaba unas gafas redondas absurdas y no me atrevía a sonreír por miedo a enseñar mis aparatos de ortodoncia. Parecía un bebé con mejillas y ojos tristes.

Con treinta años, ¡cómo había cambiado! Estaba en forma, parecía una atleta, musculosa, delgada. Bien maquillada, bien peinada, a gusto conmigo misma. La mujer que por fin se había encontrado a sí misma, que sabía lo que quería y lo que no, que no sufría por su vida sino que decidía la vida que quería llevar. La mujer que dominaba a los hombres y que jugaba con ellos. A los treinta años ya no había más fotos con mi madre puesto que ya no la veía. Hablaba con ella por teléfono de vez en cuando. En lugar de ella, veía a mi psicoanalista a la que pagaba para desculpabilizarme por no ver a mi madre. Pero el resultado era que iba adonde quería, trabajaba, estaba con Nicolas, y era libre. Gracias al psicoanálisis y al feminismo había conseguido por fin ser yo misma. Ya no estaba encadenada y encerrada con candado por la educación rígida que había recibido o la culpabilidad, o sencillamente por el hecho de ser mujer.

Había fotos mías en todas las playas del mundo, en todas las capitales. Fotos en Japón, Vietnam y luego en América. Aquel famoso viaje a Italia, el mito fundador que supuso nuestro nacimiento, y Toscana, dos jóvenes fugándose, y en una foto se veía un beso.

Y Siena bajo el sol del atardecer, la Tierra prometida para los prometidos, pero ¿dónde estaban nuestros grandes amores?

Está aquí, a mi lado, dormida, dulce, recibe sus besos como yo los recibía antes, acepta sus caricias, es su princesa como lo fui yo en su día, y yo soy la emperatriz destronada, la reina de los amores compartidos.

Había fotos de África: él y yo en la gloria, en el fin del mundo, me hablaba del cielo, de la vida, me hizo descubrir el sabor de África, las colinas escarpadas, las montañas nevadas, la flor del alba, el crepúsculo enardecido, los grandes espacios, los silencios y los ruidos, las nubes, las estrellas infinitas, me llevó a las casas como un príncipe susurrando una canción, a las montañas de color azul constante bajo la lluvia, a las malezas de su África, y el río de nuestro amor era tan grande como el mar.

En el fondo de una caja, cual reliquia, había una foto de nosotros dos en La Habana, delante del hotel Nacional. La habitación del hotel, los dos pegados el uno al otro. Esa noche, delante del mar, dulzura en las miradas, en la habitación, ¿qué pasó? ¿Sabíamos que nuestra historia iba a empezar de verdad?

Ante dos copas embriagadoras, los ojos y la voz, hubo un beso antes que los brazos, la suavidad húmeda de esa noche de verano, una mano sobre otra mano, una

boca que se acerca a sus labios, el corazón hinchado por el reconocimiento, en el cielo azul del amor. La música mecía la sombra de sus pasos, el cielo guiaba el susurro de su voz, y si por un momento llueve, no es más que una pequeña tregua. Hubo aquella risa que nos dio allí, era la risa del triunfo del amor. El viento absoluto de Cuba, el blanco azulado de nuestras sábanas, la juventud triunfante, la conquista de una nueva libertad, el comienzo del verano. Por la piel morena del sol, por un baño cuerpo a cuerpo, por el mar caliente bajo el cielo, por un acorde perfecto, por las noches apasionadas, las mañanas infinitas, por el ardiente viaje que era nuestro encuentro, saludaba al sol que lucía en mi vida.

Pero los viajes acaban por parecerse, ya no quedan tierras vírgenes. *La terra incognita* era ella: nuestra hija.

Descubrí a la persona que iba a compartir mi vida. Estaba sorprendida por la facilidad con la que tomó posesión de sus dominios: se había instalado en nuestra casa de la forma más natural, como si fuera la suya. Sus innumerables cosas estaban dispersadas por nuestro apartamento, sus objetos de colores en el salón, en las habitaciones, en el cuarto de baño. Estaba en su casa por todas partes. Lo ensuciaba todo, exigía una atención personalizada y no hacía nada para aliviar a sus anfitriones, más bien todo lo contrario. Nos redujo a la esclavitud desde el primer día.

Una noche soñé que una subarrendataria invadía el apartamento. Intentaba escaparme pero ésta había cerrado la puerta con llave con un cerrojo doble.

Ella. Después de haber dudado entre los treinta mil nombres que se proponían en Internet, decidimos llamarla Léa. Según la página web *Magic-maman.com*, Léa era el nombre más popular en Francia, pero daba igual. A los dos nos gustaba y yo estaba siempre dudando con los otros 29 999 nombres propuestos en el tablón. Encontrar un nombre para mi hija es como definir un proyecto para ella. Con la moda que había por los nombres originales, había que encontrar un nombre banal para ser original; por ejemplo, ya nadie llamaba a su hija Nathalie o Laurence. Pero todo el mundo escogía Léa, Chloé o Lou. Una sílaba, dos como mucho. Eficaz, práctico, económico. Queríamos ponerle un nombre original pero sin ser grotesco, femenino sin ser bobo, bonito sin ser afectado, significativo sin ser pretencioso, literario sin ser fatuo.

Un nombre es la expresión de un deseo. Pero, ¿qué deseo teníamos para esta hija?

Y para empezar, ¿quién era ella?

Léa. Ese monstruo de egoísmo e indiferencia, esa manipuladora que no me utilizaba más que para sus fines personales, ese ser que no estaba obsesionado más que por su supervivencia sin importarle jamás el prójimo, esa glotona mono-obsesiva no pensaba más que en una sola cosa en la vida: comer. No vivía más que para el alimento. Apenas había comido, cuando ya había digerido y había que volver a llenarle la barriga otra vez. Todo lo demás le daba igual. Salvo el poder, tal vez. Pues amaba el poder. En cuanto lo deseaba, había que acudir enseguida o, si no, se ponía nerviosa. Y cuando se enfadaba, se ponía toda azul. Histérica, maniaco depresiva y esquizofrénica: tenía todos los indicios de la locura. Se despertaba llorando por la noche y era inconsolable. Al día siguiente, estaba alegre, sonreía, se activaba como si nada, antes de comenzar de nuevo con otra fase depresiva en la que todo iba mal. Era impaciente, tiránica, ingrata, egoísta y egocéntrica. Dependiente y sin embargo deseosa de no serlo más. Le gustaba aprovecharse de los demás. Se hubiera dicho que se esforzaba toda ella en contribuir a la supervivencia de la especie que representaba. Era la humanidad que había en ella la que berreaba para que se ocuparan de ella.

Y la humanidad es así: después de haberse asegurado la supervivencia, no vive más que para su placer. Al menos, sabía cuál era su deseo. Yo, que había tardado treinta años en saber qué deseaba, también estaba celosa de eso. Ella sí sabía lo que quería. Era una fuerza salvaje de vida. Toda ella expresaba las cosas sencillamente, con pasión, y sus decisiones eran inapelables. También sabía que en la vida hay que

pelearse y gritar, y berrear hasta tener hipo, para conseguir tener lo que se quiere. Y después, se desmayaba de felicidad. Después de usarme, me tiraba como a un pañuelo. No paraba de humillarme. Me adulaba haciéndome creer que me necesitaba puesto que yo era su alimento. Y después de vaciarme, descansaba, con los ojos en blanco, totalmente extasiada y sin dar ninguna señal de gratitud. Yo era su esclava y ella era mi ama.

Leyendo a Winnicott, me enteré de que una madre sabe reconocer el llanto de su bebé y que hay siete tipos: el hambre, el deseo de que le cambien los pañales, el deseo de recibir consuelo, llanto de cansancio, llanto de angustia, cólicos y también para dormirse. Por mi parte, no reconocía nada de nada. Intentaba comprenderla pero ella permanecía hermética.

Aguantaba el tirón. Cuando no estaba amamantándola, acurrucándola o durmiéndola, me pasaba la vida llevando cosas de un lugar para otro. Ordenaba el salón invadido por objetos, biberones, cambiadores y pañales usados. Me peleaba con todos los gremios: France Telecom que se negaba a venir bajo el pretexto de que no se podía aparcar en el Marais, Auchan-direct que no quería hacer la entrega porque vivíamos en un cuarto piso sin ascensor, Darty que no venía sin alegar ningún motivo siquiera...

Pero había que amueblar las cuatro habitaciones de nuestro nuevo espacio. Así que cogí al bebé en brazos —puesto que había renunciado a usar la sillita de Pliko pues no conseguía abrirla y cerrarla—, y me fui al BHV. Allí esperé una hora pasando de un dependiente a otro con el bebé en bandolera agarrado a mí como un koala, para que alguien se dignara a hablar conmigo. Sólo quería comprar una cama, pero nadie parecía querer venderme una. O bien los dependientes estaban muy ocupados, o bien se habían ido a comer, o bien no correspondían a esa sección. Lo que es sencillamente irritante en el día a día de una parisina se convierte en intolerable cuando además se tiene un bebé. Cada vez estaba más tensa, nerviosa e irritable.

Con su padre todo era distinto. La relación era gratuita puesto que no la alimentaba. Y también episódica. Ya que Nicolas ya no era el mismo. Cuando nos mudamos, hablamos de dinero y presupuesto. Hablamos del bebé y de todo lo que eso conlleva: “Sauvel Natal”, el apartamento... Esa conversación lo marcó. Decidió trabajar más y de una forma rentable. Se planteaba incluso cambiar de trabajo y aceptar una propuesta que le habían hecho para trabajar en una empresa de consultoría. ¿Dónde estaba el rebelde que montaba su caballo de acero y decía no querer trabajar en algo que no fuera la pasión de su oficio, y que lo importante era tener ganas de ir al trabajo por las mañanas? Se iba cada vez más temprano, tenía muchísimas citas, veía a sus clientes, preparaba presupuestos y buscaba salida a lo que desde entonces llamaba “sus productos”. Se había acabado el arte por el arte. Se iba pronto por la mañana y volvía tarde por la noche, cansado. Apenas cruzaba la puerta de casa, le colocaba el bebé en los brazos. Y enseguida me dormía, sin que hubiéramos intercambiado ni una palabra.

Cada dos días acudía con mi bebé bajo el brazo a la sesión de reeducación perineal. Al principio, para que fuera más práctico, escogí a la kinesiterapeuta que tenía más cerca de casa. Me atendió en la habitación de un pequeño apartamento que usaba como gabinete, y mientras hablaba por teléfono, me hizo señas para que me desvistiera. Colgó, me colocó un objeto contundente unido a un aparato eléctrico que tenía un parecido asombroso con un vibrador, y me tiró una revista antes de volver a coger su teléfono móvil. De hecho, se trataba de una sonda a la que había que colocar un preservativo, para luego introducirla en la vagina. Ese objeto mide la duración y la fuerza de la contracción que se desea hacer. El ejercicio se acopla a una electroestimulación para provocar contracciones de forma artificial en el caso de que los músculos estén demasiado flojos. Al cabo de quince minutos de ejercicios, la kinesiterapeuta terminó de hablar por teléfono y me anunció que la sesión había terminado.

A los dos días, para la segunda sesión de reeducación perineal, decidí optar por otra practicante que estaba un poco más lejos pero que me había recomendado mi hermana. Era una pelirroja menuda con aspecto dinámico que me examinó y me pidió que contrajera el perineo. Me di cuenta de que no estaba muy al corriente de la existencia de ese órgano. Como estaba apasionada por lo que hacía, me hizo un dibujo del perineo sujetando la uretra, el útero y los intestinos.

Después de quince sesiones, había hecho muchos progresos. Empecé a sentir pasión por la disciplina. Hice diez sesiones suplementarias pues empezaba a ser gratificante saber contraer tan bien el perineo.

En la sesión número dieciséis, la kinesiterapeuta me miró con aire satisfecho y me preguntó si estaba trabajando en ese momento, pues quería hacerme una propuesta.

Se trataba de ser profesora de perineo. Le parecía que yo tenía un perineo muy tónico y me encantó oír eso. Era el primer cumplido que alguien me hacía sobre mi físico desde que di a luz. Tenía que ir a una escuela de kinesiterapeutas y hacer el test del perineo en fuerza 1, 2, 3 y 4. Son los alumnos los que hacen el test. Tienen que aprender.

Salí de allí perpleja. Antes era filósofa. Era libre, estaba enamorada, era inocente. Había bastantes cosas acerca de la vida que ignoraba.

Una buena mañana, durante el desayuno, un mes después de dar a luz y tres años después de nuestro encuentro, Nicolas y yo tuvimos la siguiente conversación:

—¡Duerme de un tirón!

—¿Que duerme de un tirón? En todo caso hay uno que duerme de un tirón por la noche en esta casa y te puedo asegurar que no es ella.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que no me ocupo lo suficiente de ella?

—No, pero mientras tú duermes, yo me paso la noche dándole el pecho, cambiándola y acunándola para que se duerma.

—Voy a cambiarle los pañales —dijo Nicolas llevándose a la pequeña, que acababa de abrir sus grandes ojos perpetuamente sorprendidos.

Se la llevó y volvió al cabo de unos minutos.

—¿Y? —dije, mientras preparaba un café tibio para bebérmelo de un trago—. ¿Cómo era?

—¡Enorme! —contestó Nicolas, untando mantequilla en una tostada con una sola mano mientras sostenía a una Léa somnolienta en la otra.

—¿De verdad?

—Te lo juro, ¡enorme! Le llegaba a los omóplatos. La he tenido que bañar.

Mi compañero había conservado del embarazo una especie de barriguita que le había salido como en respuesta a la mía. Lo había amado distinguido, rebelde, divertido, espiritual. Terriblemente romántico con su cazadora de cuero. Refinado en sus gustos artísticos. Ahora lo veía con un vaquero sin formas, más gordo, con la cara cansada, la mirada perdida en el vacío, estupefacto ante lo que se le había caído encima.

Cuando no podía moverme debido a la episiotomía, lo mandé a hacer la compra. Tenía que traer fajas de red, toallas especiales para el parto, pastillas para las hemorroides y para otras calamidades que amenazan a la joven parturienta.

¡Ay!, qué lejos quedaban los maravillosos abrazos y las grandes promesas de amor. ¿Acaso es verdad que los verdaderos paraísos son aquellos que se han perdido? ¿Se puede vivir una relación amorosa entre pañales? ¿Es posible estar enamorado cuando se está cambiando al bebé y se está inmerso en la materialidad? ¿Pero por qué nos han inculcado desde siempre que el amor tiene que ser espiritual, y que el amor es Venecia en una góndola y no el padre, la madre, el hijo? ¿Cómo se puede amar para siempre si nos dicen que el amor es sagrado pero la familia es sucia?

Darty, muy conocido por su servicio postventa, fue la causa de la primera brecha en el frágil edificio de nuestra pareja.

Tardaban diez semanas en traernos las piezas que le faltaban a nuestro frigorífico familiar, y a pesar de todas las protestas que hicimos, no conseguimos que nos entregaran el manual de instrucciones. Al cabo de veinticinco llamadas, con el bebé llorando y al borde de un ataque de nervios, decidí optar por una solución radical. Se me ocurrió la idea de pedir a Darty que vinieran un domingo por la mañana.

Se podría decir que a mi compañero no le hizo ninguna gracia que el señor de Darty se presentara en casa a las ocho de la mañana de un domingo.

—¿Pero cómo se te puede haber ocurrido hacer algo así? —dijo enfundándose en unos calzoncillos y un vaquero, y totalmente trastornado.

Estaba escandalizada. Era yo la que se tenía que ocupar de todo, me había convertido en la intendente de la casa, y por una vez que él tenía que arreglar un problema, se quejaba.

—Realmente no eres nada amable haciéndome levantar a las ocho de la mañana en un domingo cuando sabes que trabajo tanto.

—¿Y yo? ¿Acaso no trabajo mucho? No, es verdad que no hago nada, porque desde que nació el bebé sencillamente ya no trabajo en lo mío. Tú sigues como si nada hubiera cambiado, pero yo me paso todo el día alimentándola, acunándola, lavándola y ayudándola a eructar. Ya no tengo tiempo de hacer mi trabajo. Entre el bebé y la casa me he convertido en una ama de casa. En eso me has convertido.

—No te pases. Eres tú la que ha querido tener esta hija, ¿no?

—¿Qué? ¡Eres un monstruo!

—Lo que pasa es que te organizas mal. Y además, no es mi culpa si has querido darle el pecho. Ha sido tu decisión. Yo no te he obligado a nada.

—Sí, claro, es culpa mía si quiero lo mejor para el bebé... Mira, un parto es agotador. Estoy cansada, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo. Lo que entiendo es que te estás volviendo loca. ¡A quién se le ocurre pedir a Darty que vengan un domingo por la mañana!

—Sí, me estoy volviendo loca porque no estás nunca aquí. Antes estabas. Desde que tenemos a la niña estás siempre ocupado con tu trabajo. No es justo...

—¡Tus artículos no nos van a dar de comer! Y menos aún tu tesis que se suponía que deberías haber acabado ya no sé hace cuánto tiempo.

—Puedes estar seguro de que no la voy a acabar, ya que me tengo que ocupar de la casa del Señor. Mientras el Señor supuestamente trabaja como un loco para ganar dinero. Todo eso no son más que pretextos.

—¿Pretextos?

—Pretextos para marcharte, para escapar de casa y del infierno doméstico.

—Para mí esto no es un infierno doméstico. Estoy contento de tener una hija.

—Evidentemente, porque no eres tú quien se ocupa de ella.

—¿Estás harta de ocuparte de la niña? Es eso, ¿eh? ¡Dilo!

—No, no estoy harta... En fin, sí, estoy harta.

—Muy bien —dijo Nicolas tras reflexionar durante un rato—. No te preocupes. Tengo la solución.

La idea genial que tuvo mi compañero para aliviarme fue que su madre viniera a casa. Pues hay que reconocer que mi madre no estaba. Es incapaz de acompañar a su hija mientras ésta da a luz, pues a ella ya le tocó en su día. No puede revivir ese calvario a través de sus hijas, y ésa es la razón por la que, en los dos casos, se ausenta. No tiene motivos para sufrir dos veces los dolores que ella misma tuvo que aguantar. Hace bien en negarse a ello; después de todo, la entiendo perfectamente.

En cambio, la suegra esperaba pacientemente. Esperaba que llegara su hora frotándose las manos.

—¿Cómo está la pequeña Martha? —dijo, plantándose en casa con aire vivaracho gracias a la copia de llaves que le había dado Nicolas.

Me encontraba en el salón con el bebé, dándole de mamar. Léa cerraba los ojos, extática, presa de una de sus famosas modorras, cuando la suegra me arrancó el bebé del pecho con un gesto enérgico para apretarla contra ella. La pequeña abrió un ojo sorprendida, lo cerró y luego husmeó el nuevo olor con las ventanas nasales bien abiertas antes de mirar a la abuela con aire indignado, con la ceja arqueada y una mueca en la boca, lista para echarse a berrear ante la perspectiva de ver su pitanza alejarse.

—Démela, Edith —dije—, me parece que aún tiene hambre. Y además, ya le he dicho que no se llama Martha.

—Nada de eso, no hay que darle demasiado de comer, porque si no le va a doler la barriga. Mira, tráeme el babero, voy a hacer que eche su eructo.

Me levanté, le di el babero con la extraña sensación de ser la hermana mayor o, lo que es peor, una madre de alquiler que ya hubiera cumplido su misión y que estuviera pasando el relevo. Como la niña no paraba de llorar, tendí las manos para cogerla en brazos, pero la suegra seguía en sus trece y se aferraba a ella. Nos encontramos allí cara a cara, la una cogiendo los brazos de la niña, la otra las piernas, a riesgo de partirla en dos como en el juicio del rey Salomón, hasta que la madre de verdad —yo — cedió.

Esa vez, me la quedé mirando con la sensación de ser una leona a la que le acaban de quitar la cría y dispuesta a matar.

—Le digo que tiene hambre.

—Sí, eso seguro. Sin duda no tienes suficiente leche. Harías mucho mejor dándole el biberón. Cógela un momento, que voy a preparar uno. Aguántale bien la cabeza, ¿eh? —añadió, dándome la niña.

Sin embargo, era verdad que no tenía suficiente leche. Y además estaba agotada, y tenía hambre. La lactancia es una experiencia tan increíble en la sociedad tecnológica en la que vivimos que requiere documentarse con detalle. En definitiva, requiere reaprender a ser animal, lo cual es complicado cuando se es una mujer activa que trabaja con ordenador, que llama con teléfono móvil y envía mensajes multimedia, pero que ha olvidado cómo darle el pecho a una cría de humano. Es un saber tabú que no se encuentra en los libros por razones de urbanidad y que se

entrega con parsimonia de mujer nodriza a mujer nodriza.

Además, tenía tanta prisa por recuperar la silueta que mostraba el nuevo *Elle* especial Adelgazar... El culo bien torneado, la barriga firme, los pechos en punta. Así que no comía. Aunque hubiera querido comer, no habría podido. No podía ir a comprar. Aún me dolía todo, el bebé lloraba, y tenía que darle el pecho.

Acabé por recuperar a mi hija de los brazos de mi suegra que se había instalado cómodamente en el salón, con un café y una pila de revistas delante.

—¡Mira este artículo! —exclamó Edith, totalmente exaltada—. En Italia una mujer ha tenido un hijo con sesenta años. ¿No te parece ex-tra-or-di-na-rio?

Cogí el bebé somnoliento, me metí en la cama para hacer una siesta con ella, y estiré las extremidades, dejándome llevar en la voluptuosidad característica que se tiene al dormirse por agotamiento. Pero dos horas más tarde, me encontré a mi suegra dándole un biberón a la pequeña Léa.

—Edith, ¡le dije que no le diera biberón pues quiero darle el pecho!

—Pero la pobrecita Martha se estaba muriendo de hambre...

—Yo sí que estoy muerta de hambre. Y además, le ruego que no la llame Martha, se llama Léa.

La suegra se marchó, con aire contrariado, volvió un poco más tarde con un *strudel* de manzanas, que engorda, coles, que las mujeres nodrizas no deben comer ya que dan mal sabor a la leche, y una carpa viva que pensaba hacer a la *geffilte fish*, y que mientras tanto metió en la bañera para purgarla.

—Bueno —dijo en éstas la suegra—, ¡me marchó! He quedado en ir a comer con una amiga. ¿Sabes de algún buen restaurante por el barrio? —añadió en un tono estridente que despertó al bebé—. ¡Oh, llora otra vez! A lo mejor le duele la barriga. Si tiene dolor de barriga te desaconsejo de verdad que le des el pecho. Tal vez es tu leche la que le hace daño.

—¿Usted cree?

—¡Pues ya te digo que no tienes suficiente leche, así que es evidente!

—Ya lo sé, Edith. Bastaría con que pudiera estimular la lactancia con un sacaleches eléctrico.

—Buena idea. Si quieres, mañana te traeré un quitaleches. Uy, perdón, quise decir un sacaleches.

Por la tarde, cuando quise ir a darle un baño a la pequeña Léa, me encontré con la carpa. Estaba sentada al borde de la bañera cuando Nicolas volvió del trabajo.

—Pero, ¿qué haces? —preguntó Nicolas.

—Miro la carpa de tu madre.

—¡Ah, va a hacer un *geffilte fish*!

—Sí. Y yo, ¿qué hago? ¿Baño a Léa en la bañera con la carpa?

—No serán más que unos días, no te preocupes. No hay nada mejor en el mundo que el *geffilte fish* de mi madre.

—Mira —le confesé—, no quiero que esta carpa esté en mi casa. No puedo

soportarlo, ¿entiendes? Pobre... Tienes que ir a tirarla al Sena enseguida.

—¿Qué? Pero, ¿te has vuelto loca? ¿Acaso no sabes lo difícil que es encontrar una carpa viva en París?

—Tu madre no sólo no me trae más que coles para comer y mete una carpa en la bañera, sino que además da biberones a Léa a escondidas. Creo que en secreto intenta arruinarme la lactancia.

—Estás paranoica. Tu madre tiene razón, hay que cuidar de ti. Y además, eres una ingrata. Ha venido para ayudarte y lo único que haces es criticarla.

—Quiere robarme el bebé. Antes vino a quitármela de los brazos mientras dormía, como en *Rosemary's Baby*.

Nicolas me miró con aire afligido.

—Sabes que después de ti y el bebé, mi madre es la persona a quien más quiero en el mundo. No soporto que la critiques cuando lo único que intenta es ayudarnos.

—Tal vez intenta ayudarte a ti. A mí seguro que no. Y además sabes que en el fondo me odia. Nunca le he gustado.

—No tienes más que decirle a tu madre que se ocupe de ti, ¿vale? Ya veremos cuánto tiempo la vas a aguantar.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre proponerme?

—¿Y tú? ¿Por qué tienes siempre que dramatizarlo todo?

—Porque mi vida es dramática.

Nicolas me miró taciturno.

—Estás depresiva, Barbara. Lo ves todo negro. Es horrible vivir contigo.

Ya está. Dijo las palabras que nos hicieron caer del otro lado del espejo, del otro lado del amor. Del lado de la nada.

—Mira —añadió Nicolas—, en el fondo creo que mi madre tiene razón... Sabes, ella entiende de niños. Tuvo cuatro. Y no hemos salido tan mal, ¿no? ¿Por qué te empeñas en dar el pecho a la niña? Déjalo. Ya nadie lo hace hoy en día.

—Eso no es verdad. No tienes más que mirar las estadísticas.

—¿Te empeñas erre que erre en formar parte del cinco por ciento?

—Es mi elección —contesté— no quiero dejarlo.

Dejar de darle el pecho era aceptar que la suegra tenía razón. Quería reconquistar mi dignidad y demostrar a Nicolas que yo estaba en lo cierto. Cuando se trataba de su madre, se cegaba totalmente. Se diría que perdía cualquier sentido crítico.

La madre. Nunca había sido consciente de hasta qué punto era un tema doloroso y neurálgico para Nicolas. Entre la madre y el hijo había un vínculo esencial y fundamental a pesar de ser invisible, y aunque no lo comprendiera, no podía hacer otra cosa que admitirlo. Sin embargo, me hacía sufrir. Sabía que eso nos separaba. Estaba resentida con él y, lo que es peor, lo despreciaba por ser tan poco clarividente y ser tan hijo de su madre cuando lo que yo necesitaba era un hombre, un esposo y un padre. Me hubiera gustado que fuera más adulto, más responsable. Lo que me había gustado de él había sido su independencia; ahora lo veía como un niño pequeño que

quería complacer a su mamá, como un hombrecito edípico orgulloso de mostrar su bebé a su madre. Lo quería como hombre, creía que lo adoraba como padre, pero para mi sorpresa, ahora lo veía como un hijo. Se despertó en mí un sentimiento nuevo y molesto: el desprecio.

Olvidarme de todo. Volver a aprender a ser un animal. Léa era tan misteriosa, imprevisible, colérica y alegre a la vez, sonriente y triste, independiente y necesitada; era instintiva y primaria. No tenía conciencia de nada. No sabía lo bonita que era.

Aquella noche, después de dormirla, rebusqué en todos los ejemplares que tenía de *Elle*, que de forma milagrosa se salvaron de la mudanza. Por fin lo encontré: de forma triunfal desenterré el periódico en el que Juliette Binoche hablaba de la lactancia. Hacía alusión a una asociación que se llamaba “la Leche League” y había un artículo en el que Inés de la Fressange también la mencionaba. Me dije que debía ponerme en contacto obligatoriamente con esa misteriosa organización que tenía el poder de hacer que las nuevas madres fueran felices.

Fue así como, al cabo de unos días, acudí a una reunión de la Leche League que tenía lugar cerca de casa, en la Rue Charlot. Por fin iba a enterarme. Por fin iba a conocer el secreto: el de las mujeres que murmuran en esa cofradía misteriosa en la cual no están entronizadas más que las mujeres nodrizas. Por fin iba a conocer el secreto de la mujer madre.

La reunión era en un apartamento. En el salón, las madres estaban sentadas en círculo y tenían todas sus bebés apretados contra ellas; otras los habían colocado en una alfombra didáctica; los más mayores jugaban en la habitación de al lado y, de tanto en tanto, volvían a mamar del pecho de su madre que se levantaba el jersey sin interrumpir lo que estuviera diciendo, como si fuera totalmente natural.

Me senté en silencio para no interrumpir el debate, mientras me daba cuenta de que era la única que no había traído a su bebé. Una mujer joven morena tenía a un bebé colgado de cada pecho. Se presentó de la siguiente manera: “Laurence, madre de Clémence, de dieciséis meses, y de Chloé, de tres meses”. Hablaba de su experiencia pavoneándose. Le daba el pecho a su hija desde hacía dos meses y medio pero lo completaba con biberones. Al principio, siguiendo los consejos de la Leche League, había intentado administrárselos con una jeringa, pero teniendo en cuenta las cantidades, resultaba un poco difícil y sobre todo decidió parar el día en que la pequeña casi se clava una. Así pues, después de la pipeta, pasó a la tetina de un agujero, y desde hacía tres semanas a la de dos agujeros, porque se tardaba bastante en dar el pecho y el biberón, y su hija acababa teniendo problemas de digestión... Quería saber si el hecho de dar el biberón ponía en riesgo la lactancia.

Marie, que era quien presidía la sesión, fue categórica: había que evitar dar el biberón como fuera. El biberón es el enemigo de la lactancia. Tenía que intentar la taza de pico ya que hay que saber que existe el riesgo de confusión entre la teta y la tetina y sería una pena dejar de dar el pecho por culpa de este error.

Michèle, la joven rubia que tenía un seno enorme del que colgaba un bebé minúsculo, estaba tomando Galactogyl para estimular la lactancia; lo alternaba con tisanas de anís y cerveza de malta sin alcohol. Pero no sabía cómo podía conseguir una lactancia al cien por cien. Marie le aconsejó que diera el pecho el bebé más a menudo.

¿Y yo? Soy: “Barbara, la mamá de Léa, de dos meses”.

—¿Le das el pecho?

—Sí...

—¿La coges en brazos?

—Sí. Bueno, a veces...

—¿Hacéis *cosleeping*?

—¿Perdón?

—¿Duermes con ella, Barbara?

—Ah no... En fin, procuro no hacerlo.

—Ahí te equivocas. En la Leche League hacemos una cruzada a favor de coger el niño en brazos y dormir con él. Creemos que es bueno para el bebé pues favorece a la lactancia. Es más fácil darle el pecho a un bebé cuando se duerme con él.

—¡Ah, vale! Entonces, sí, lo reconozco: mi bebé duerme conmigo. Incluso he pedido a mi compañero que duerma en el salón porque no hay suficiente sitio para los tres.

—¡A buenas horas! Ahora pues, ¿quieres hacernos partícipes de tu experiencia?

Mi experiencia... Desde que tengo un bebé, ya no tengo vida de pareja, ya no duermo, ya no me lavo el pelo, ya no leo, ya no veo a mis amigos. O sea, me he convertido en una madre. Pero no sabía que una madre no es más que madre. Ignoraba que había que abdicar de todos los demás papeles, que había que renunciar a la sexualidad, a la seducción, al trabajo, al deporte, al propio cuerpo, al propio espíritu. Ignoraba que había que renunciar a la vida. Eso fue en esencia lo que comuniqué.

Todas las miradas se dirigieron a mí como si fuera una asesina, o lo que es peor, una madre indigna. Sentí que no debería haber desvelado esa temática pero no podía hacerlo de otro modo. Me sentía sola desde que había dado a luz y me sentía feliz de haber encontrado orejas que me escucharan con atención.

Volví varias veces a la Leche League para encontrarme con mis congéneres. No hablaban de otra cosa que de la lactancia, de bebés, de canguros, de chupetes, de alfombras didácticas...

Me fijé en que a mi alrededor, entre las mujeres que tienen un hijo, existen las que dan el pecho y las que no. Hay dos tipos de mujeres, las que se proyectan muy lejos en la maternidad y no lo hacen a regañadientes, y las que la rechazan; las que aceptan que son mamíferos y las que no pueden aceptarlo. Están aquellas a las que les encanta ser un animal y las otras; las militantes de la lactancia, las fanáticas de la maternidad, y a las que les asquea; las que se sienten plenamente realizadas en el papel de su vida y las que lo hacen por deber o por compasión.

Poco a poco, empecé a hacer progresos con la lactancia, que cada vez me parecía más absorbente y apasionante, y un buen día me convertí en la madre nodriza que organizaba su vida alrededor de dar el pecho. Efectivamente, gracias a los consejos de la Leche League, me producía tal satisfacción, un placer de dar tan intenso, y una

fusión tan completa, que no necesitaba nada más. Ya no necesitaba hacer el amor con mi compañero ya que tenía a mi bebé, que estaba enfrente de mí con una demanda tal que me resultaba imposible resistirme a ella. Era un cumplimiento sensual, emocional y orgásmico.

—Enhorabuena, Barbara —me dijo Marie durante la octava sesión—. No podemos hacer otra cosa que felicitarte por tu lactancia que está evolucionando hacia la perfección. ¿Quieres hacernos partícipes de tu experiencia?

—Querría hablar de la felicidad de dar el pecho. Del placer que da ver esa boquita mamar, de ese saber que tiene el bebé de forma innata, de la manera en que busca el pecho, en que se llena de su olor, respirando, aspirando, disfrutando con todo su cuerpo...

Efectivamente, estaba viviendo momentos de gracia en los que mi deseo y el del bebé coincidían, y me encontraba dándole el pecho porque me apetecía, dándoselo como cuando se hace el amor, sintiéndome unificada como antes, como me había sentido hacía mucho tiempo, antaño, en tiempos inmemoriales tal vez, en los tiempos de los orígenes del hombre, y todo lo que hace que el hombre sea hombre. Puesto que la lactancia, incluso más que el nacimiento, es tal vez la única cosa humana que no ha cambiado desde que el mundo es mundo, es el único hecho arcaico que nos ata a nuestro pasado prehistórico, a nuestra condición primaria, la que intentamos esconder tras el aspecto de la civilización, esa de la que nos alejamos sin cesar cada día, cada vez más deprisa, cada vez más lejos, en nuestro deseo de olvidar que también somos animales.

He aquí, me dije a mí misma, el secreto de la mujer madre. Es nuestra fuerza y a la vez nuestra debilidad. Somos las madres, las tierras, la luna y las mareas. Somos hembras, y somos el origen de la vida.

Era un sábado por la tarde. Nicolas había decidido quedar con su hermano Alexandre mientras yo iba a la fiesta que organizaban nuestros vecinos Jean-Mi y Domi. Así que me sugirió que dejara el bebé en casa de los Tordjmann para que nos lo guardaran, sabiendo que si había algún problema cualquiera de los dos estaría allí, al lado. Era nuestra primera noche libres. Libres también el uno del otro. Lo necesitábamos, pues nuestras peleas domésticas, que eran cada vez más frecuentes, nos tenían agotados.

Fue el Rabino Tordjmann quien nos abrió la puerta al bebé y a mí. Aún llevaba sus hábitos blancos del Sabbath y un gorro de piel negra. Detrás de él estaban sus discípulos, que habían venido a estudiar la Cábala: el rabino con el sombrero y el cigarro, el psicoanalista con ojos de marioneta y el periodista.

Me llevó a la habitación en la que su mujer estaba dando de mamar. Cinco niños con aire pensativo nos acogieron a Léa y a mí; llevaban largos tirabuzones y mantones para rezar cuyos hilos blancos colgaban de los pantalones. La madre múltipara tenía un bebé en brazos, apenas un poco mayor que Léa. Debía tener treinta y cinco años y ya tenía diez hijos. Llevaba el pelo totalmente escondido por un pañuelo, que le rodeaba el rostro pálido con un halo rojo. Iba sin maquillar, era frágil y parecía tímida como una adolescente.

A su alrededor se apretaron las cabecitas de unos niños que parecían llevarse rigurosamente nueve meses entre sí.

—Hola, dijo. Entre...

Los olores de comida se mezclaban con el olor de la leche caliente que estaban tomando los más pequeños, cada uno con su biberón. Había diez niños entre cero y doce años, veinte ojitos abiertos de par en par que me miraban con la misma mirada seráfica.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó la madre.

Me hubiera gustado decirle: ¡Dígame cómo lo hace! ¿Le hicieron diez episiotomías? ¿Ha amamantado a los diez? Es decir, ¿no ha parado de dar el pecho desde hace diez años? ¿Cómo hace para esterilizar cuatro veces cuatro biberones al día, lo que suma en total treinta y dos biberones en 48 horas? ¿Cuándo se dedica a la reeducación perineal? ¿Tiene pérdidas? ¿Ha podido encontrar una canguro que esté dispuesta a cuidar de diez niños? ¿Todavía hace el amor con su marido? Aparentemente sí, en todo caso al menos lo ha hecho diez veces, pero, ¿y entre las diez? ¿Todavía lo quiere? ¿Lo desea? ¿Todavía se siente mujer? ¿Y qué dice la Cábala al respecto?

—¿Les ha dado el pecho a todos?

—No, a los primeros no, no pude, no sabía cómo hacerlo, así que lo dejé pronto. Con la cuarta me informé y le di el pecho.

—¿A los otros seis?

—Sí... En ocasiones he dado el pecho a dos o tres a la vez...

—Pero es agotador, ¿no?

—Sí, es agotador. Pero para mí, añadió, es también un método anticonceptivo natural, y por eso les doy de mamar durante tanto tiempo... Realmente es difícil... Pero a fin de cuentas, todo entra dentro de un orden... ¡Ya lo verá!

En un orden, ¿pero qué orden? ¿El orden de los que se divorcian seis meses después de haber tenido un hijo, o el orden de los que tienen otro para intentar reparar los estragos del primero? ¿El orden de los que se separan al cabo de siete años de matrimonio y con tres hijos, o el orden de los que tienen tres hijos, pasan veinte años juntos y acaban separándose después de que éstos se hagan mayores? ¿El orden de los que tienen dos hijos y no se separan a pesar de no quererse porque no tienen el valor de hacerlo, o el orden de los que tienen hijos y son infelices juntos, y luego cada uno tiene sus amantes? O incluso, ¿el orden de los que son infelices con su familia, que se las apañan para estar muy ocupados con el trabajo y viajar constantemente para verlos lo menos posible? Hay de todo. Pero parejas enamoradas con niños y duraderas, no conocía ni una. Ni una sola.

—Mire —dije con tono taciturno—. Esto va a parecerle ridículo, pero... Resulta que los vecinos de enfrente me han invitado a una fiesta en su casa y no tengo con quien dejar la niña...

—¿Quiere que le cuide el bebé?

—¿Seguro que no le molesta?

—No, no hay ningún problema. ¿Cómo se llama?

—Léa.

—Qué nombre más bonito... Puede dejármela. —Y añadió—: Como puede ver, aquí lo que no faltan son niños precisamente.

—¿Cuántos años tienen?

—Nourith tiene seis meses. Déborah un año y medio, Moché dos años y medio, Han cuatro años, Sarah cinco, Nathan tiene seis, Judith ocho años y medio, Yossef nueve años y medio, Tsipora once años y el mayor, Jacob, pronto va a cumplir los doce.

—Felicidades. ¿Y lo lleva bien?

—Sí.

—Quiero decir, ¿no es demasiado? ¿Se las arregla bien?

—¿Quiere que le sea sincera?

—Sí, claro.

—Son toda mi vida.

Era tan reconfortante oír eso... Era como un bálsamo para el corazón. Tal vez habían encontrado la solución. ¡Tenían hijos y eran felices! ¡Claro que sí! Los Lubavitch eran los únicos que tenían hijos y sin divorciarse. ¿Cuál era su secreto? Tenía que descubrir ese misterio como fuera.

—Es decir, no me queda tiempo para nada aparte de ellos. Ya sea leer, salir a dar

una vuelta o darme un baño. Y no me hable de mi perineo, pues hace ya mucho que renuncié a luchar contra la incontinencia. No sé qué hará usted, pero yo he optado por los salvaslips diarios. Sin mencionar mi relación con Jacques, que se ha resentido... Así que bueno, está el Sabbath. Porque durante el Sabbath hay que hacer el amor, es un mandamiento... Y así nos reencontramos, el tiempo que tardamos en engendrar otro y vuelta a empezar...

—¿Y entonces? ¿Por qué hacer lo mismo?

—Porque es un mandamiento divino, Barbara, una obligación. Los Lubavitch no usamos métodos anticonceptivos, está prohibido. En el Génesis, Dios dijo: “Creced y multiplicaos”.

—Y... ¿Piensa tener otros?

—Todos los que Dios quiera.

Después de dejar a la pequeña, salí de la casa para buscar una botella de *whisky* para mis vecinos. La compré, luego me senté un momento en el parque que hay debajo de casa y empecé a beber a morro como un mendigo. En ese parque patético, con tres árboles y una pequeña zona de arena. Durante el día estaba repleto de niños y de canguros de todas las nacionalidades, africanas, esrilanquesas, polacas... Es así, tenemos hijos porque nos apetece y luego, como ya no los aguantamos, nos los cuidan las niñeras incluso los sábados por la tarde, sobre todo, para verlos lo menos posible y que la vida siga. Me acordaba de Myriam Tordjmann... *Creced y multiplicaos...* Un mandamiento divino, una ley... Tal vez había que crecer antes de multiplicarse... En ese caso, ¿el mandamiento divino no era multiplicarse sino crecer para multiplicarse? Crecer, madurar y envejecer, para ser capaz de acoger al hijo. O mejor dicho: se crece al tener un hijo. Es una apuesta para toda la sociedad, no sólo para los individuos. Puesto que esta sociedad no nos permite acoger a los niños, aunque finja fomentarlo.

En nuestro país es mucho más fácil tener un perro que un hijo. Un perro no destruye la pareja, no requiere episiotomía, no lleva pañales, come lo que sea, no hay que darle el pecho, y no se necesita permiso de maternidad. Por eso en las familias los animales domésticos están sustituyendo a los hijos.

Estaba borracha. En vez de ir a la fiesta, deambulé por el Marais. Era agradable caminar por la calle; hacía tanto tiempo que no lo hacía... Bordee la Rue des Blancs-Manteaux, larga y solemne, para llegar a la Rue des Archives, en pleno Marais gay, donde los bares estaban a rebosar de hombres jóvenes exuberantes, y luego seguí hasta la Rue Rambuteau, cerca de Beaubourg, donde una fauna abigarrada se apretujaba con aire patibulario. Subí hasta la Rue des Quatre-Fils hacia la Rue Bretagne, donde se está creando un Marais totalmente nuevo, un Marais de estilo casi neoyorquino, con pequeños tenderetes, bares de *sushi* y restaurantes.

El barrio estaba en plena ebullición, como cada sábado por la noche. En el lado

judío todo el mundo salía, los restaurantes se animaban después del cierre del Sabbath, el olor a *falafel* volvía a invadir las calles, los religiosos salían del rezo nocturno, los no religiosos venían a comer y esperaban delante de los restaurantes antes de la hora reglamentaria, esa hora en la que aparecían tres estrellas en el cielo que marcaban el fin del Sabbath. En el lado gay, los bares escupían multitudes de hombres a la calle y música *techno* a todo trapo hasta altas horas de la madrugada. Era uno de esos raros momentos en los que los dos Marais se encontraban, se cruzaban a la vuelta de la esquina, se rozaban sin saludarse pero con esa conciencia curiosa de estar aparte, de estar al margen y comprenderse en secreto, de forma tácita incluso si cada uno es para el otro una aberración. Era la hora de la encrucijada.

La gente iba y venía, se consagraba a sus ocupaciones, y yo, ¿qué hacía? “Educaba a mi hija”, como decía Laurence Pernoud en el tomo II de sus *Obras completas*. ¿Existía tarea más importante que esa en la vida? ¿Algo más sagrado? De ahora en adelante, pensé, me voy a dedicar totalmente a ella, a Léa. Era lo máspreciado que tenía, lo mejor del mundo, y lo demás no importaba. Ya podía estar feliz, infeliz, triste o cansada, que ella estaba ahí, a mi lado, y mi deber era ocuparme de ella, cuidarla, y olvidarme un poco, por una vez, de crecer para estar preparada. Como si saliera del fondo de mi cansancio, sentí que una energía increíble se apoderaba de mí y que me conminaba a vivir, a vivir para ella y no para mí.

En casa de Jean-Mi y Domi había una miríada de hombres y algunas famosillas perdidas en el país de los gays. Estaban Miguel, un guapo hidalgo que tenía loco a Jean-Mi, y Charlie, un cantante con unas gafas de vidrios ahumados que conservaba de sus viejos días de gloria. Todos rondaban los treinta o los cuarenta, eran altos y delgados, y vestían camisetas de colores vivos. Jean-Mi llevaba el pelo largo y teñido de rojo oscuro, y Domi el pelo muy corto con unas pequeñas patillas en las sienes. Estaban sobrecitados bajo la influencia de las drogas.

Los estuve mirando, como si estuviera metida en una burbuja, ajena a lo que estaba sucediendo a mi alrededor. La falta de sueño y la fatiga junto al alcohol me daban vértigo.

Tenía la cabeza embotada. Pensaba en Léa. ¿Qué hacía en ese momento? ¿Sonreía? ¿Tenía hambre? ¿O frío? ¿Me echaba de menos? ¿Era indispensable para ella? Era incapaz de divertirme ni de hablar con nadie, pues no podía dejar de pensar en ella. No me sentía nada a gusto.

Mientras todos se animaban con la música, me senté en un rincón y empecé a beber una copa, y otra... Me sentía culpable con cada trago y pensaba en ella, que me estaba esperando. Debería haber ido a buscarla. Hacía poco que era madre y ya era una mala madre. Ya no podía estar tranquila aprovechando el mínimo instante de libertad, tenía que estar preocupándome por ella y preguntándome si estaría bien, si se habría tomado su biberón, si le habrían cambiado los pañales, si se habría dormido, y sintiéndome mal por haberla dejado sola desde hacía tres horas. Estaba resentida con ella porque ella estaba resentida conmigo. Me hubiera gustado que no fuera tan pesada ni tan dominante. Tendría que haber sido una buena hija que se puede guardar en un cajón como una estampa. Pero no, era la fuerza exuberante de la vida que reclamaba lo que se le debía. Incluso ausente, estaba ahí. La sentía por todas partes, en mi corazón, en mi cuerpo, tirando de mí, pidiéndome más leche, más consuelo, más ternura, más cuidados. Estaba asustada con su soledad. Con ese vacío que había cuando estaba sola. Como yo.

De repente ya no oí nada más. Tenía ganas de llamar a Nicolas. Y de golpe entré en pánico. ¿Y si se hubiera marchado con mi bebé? Al pensar eso sentí un sudor frío que me bajaba por las sienes.

Ya no estaba acostumbrada a beber y fumar. Me senté, tambaleándome. A mi alrededor todavía había una mayoría aplastante de hombres. Los envidiaba. Ellos no tenían las preocupaciones que yo tenía con el bebé. Las relaciones entre hombres eran más sencillas. Simplemente habían apartado el problema. Parecían felices. Sabían pasarlo bien, eran los únicos que disfrutaban en este París triste. Tenían pinta de sentirse realizados. Estaban en pareja, en grupo. Parecía que a cualquier edad vivían una especie de eterna juventud. Eran el ideal. Debería haber nacido hombre. Debería haber nacido hombre homosexual.

En una semiinconsciencia pensé en la decisión que había tomado abajo en el parque. Sacrificarme. Se había acabado todo. Dejaba mi vida detrás de mí.

Había creado. Me había creído Dios. Me habían expulsado del paraíso.

Me dirigí tambaleándome al dormitorio de Jean-Mi y Domi, y me eché en la cama donde me dormí entre las jirafas Aglaya y Chloé.

Desde el nacimiento no había podido trabajar en la tesis. Había sido imposible entregar los capítulos a mi director de tesis, como le había prometido, y éste empezaba a impacientarse y me acosaba con llamadas de teléfono. Cuando por fin había acostado a Léa, me dormía agotada frente al ordenador, y me despertaba dos horas después para volver a darle de comer.

A las dos de la mañana, miraba a mi bebé mamar. La vida no es otra cosa que una repetición de ese acto, una búsqueda del seno de la madre. No aspiramos más que a volver a la unidad, al centro, al paraíso del hijo junto a la madre. Quizá el amor sea una búsqueda de ese paraíso. El goce y el orgasmo no son más que la conquista de la unidad perdida de la madre y el hijo. Tal vez sea ésta la razón por la que confundimos el amor y la eternidad. Para el bebé, el tiempo no existe. Todo es cíclico, es un eterno volver a empezar. Lo que busca el enamorado en su deseo pasional es precisamente ese infinito. Pero éste es el primer estadio del amor, su estadio más elemental, tiránico y narcisista. El verdadero amor es aquél que se construye en la evolución del tiempo, no aquél que se repite de forma idéntica a como lo deseamos en nuestro fantasma. El amor no se apaga. El amor evoluciona. Cambia de paradigma. Y eso es quizá lo que no estamos en condiciones de apreciar, y entonces decimos que el amor no existe. El amor al principio es ardiente y pasional, esquizofrénico y maniaco depresivo como el bebé, y luego crece y se vuelve maduro, sólido, reflexivo, se posa, y entonces se eleva. Pero eso es algo que no sabemos y simplemente decimos que se acaba.

Hemos cambiado tanto... La maternidad es una mutación y a la vez una regresión, una creación. Debido a que estamos en la vida, en la esencia original de la vida, todo lo demás no es más que un lento desarrollo. Estaba demasiado cansada para querer salir. Ya no me apetecía. Ya no quería viajar, bailar, leer, ya no quería ver a mis amigos. Cuidaba de mi bebé y no aspiraba más que a descansar. Ya no me apetecía hacer el amor, sólo deseaba volver a encontrarme en la cama tiernamente abrazada a mi hija, en el éxtasis infinito de nuestro nacimiento.

La vida con Nicolas se volvió cada vez más caótica. Para que la niña pudiera dormir conmigo, ya no dormíamos juntos. En la cama no había suficiente espacio para los tres, ya no nos tocábamos, ya no hablábamos.

A pesar del trabajo, Nicolas se ocupaba cada vez más del bebé. Nada más entrar en casa, se abalanzaba hacia ella, casi sin saludarme. Luego la cambiaba, la dormía cantándole canciones, la sacaba al parquecito y le daba baños durante los cuales jugaba con ella. Me miraba con envidia mientras le daba de mamar. Un día me confesó que estaba celoso de la relación que yo tenía con nuestra hija; él también hubiera querido amamantarla para tener esa proximidad. Cuando volvía por la noche muy tarde, se iba a mirarla durante largo rato. Si dormía, deseaba que se despertase para poder verla, abrazarla y cambiarle los pañales. Me costaba reconocer en ese padre el hombre con cazadora de cuero que estaba en contra del matrimonio.

Cuando solicitamos una plaza en la guardería, nos contestaron fríamente que la inscripción tenía que hacerse mucho antes de concebir al hijo, o incluso había que

tener algún amigo en el ayuntamiento. Así que decidimos recurrir a una canguro, que es muy caro, lo cual hizo que Nicolas se pusiera aún más nervioso y se preocupara todavía más por su trabajo.

Exigió estar presente en el momento de escoger la canguro, y para ello incluso se tomó un día libre en el trabajo.

En los foros de Internet, su apodo es *asmata*. Asistencia materna.

De ella se espera que sea profesional, dulce y tranquila, que le gusten los niños, que tenga experiencia con ellos, que se adapte a los horarios, que no imponga los suyos y, sobre todo, que sea humilde a pesar de lo crítico de la situación.

Para escoger una, organizamos un *casting* de canguros.

La primera impresión es que no suelen gustarnos. Está claro, no nos gustan. Tenemos que dejarles lo más importante que tenemos, lo más bonito, la carne de nuestra carne.

En una misma tarde vimos a una polaca que no hablaba bien francés, un colombiano que había huido debido a la guerra civil^[7], una marroquí sin papeles, una esrilanquesa refugiada tras recibir malos tratos de los Tigres Tamiiles, una marfileña que había tenido que venir a Francia para asegurar la supervivencia de sus hijos que se habían quedado en su país... Toda la miseria de la humanidad desfiló por nuestro apartamento en una sola tarde.

Desde que había dado a luz, me sentía especialmente sensible y vulnerable, como si cargara con todas las penas del mundo. Al convertirme en madre, me había convertido en madre universal.

Estaba obsesionada con los niños. Antes, los querubines no me interesaban para nada. Después, me parecía que todas las madres estaban embarazadas o eran madres y las miraba con atención, en la calle, en la televisión. Sufría cuando un niño sufría. Y por eso me hubiera gustado poder contratarlos a todos. En particular, no soportaba la idea de que la marfileña hubiera tenido que dejar a sus hijos en su país para venir a trabajar aquí y satisfacer sus necesidades.

Sin embargo, Nicolas me llamó la atención sobre el hecho de que el criterio de selección no era la pobreza o la mala suerte, sino la capacidad de ocuparse de nuestra prole. Al final, tras una violenta discusión, acabamos optando por Paco. Paco era el hombre que ordenaba más rápido que su sombra. Tenía los ojos negros y el pelo largo, y llegaba por la mañana, se quitaba la camisa mostrando el torso desnudo, y luego se ponía una camiseta de ropa interior de tirantes. Luego empezaba a trabajar, pasaba el aspirador, planchaba, ponía clavos, atornillaba, colgaba y descolgaba, y lavaba los platos, todo a la vez. Pero donde Paco rayaba la perfección era con el bricolaje. Teniéndolo a él ya no necesitaba que viniera nadie de Darty. Paco lo reparaba todo y era un punto importante para la paz de nuestro hogar.

Sin embargo, había un problema: no le gustaba cambiar los pañales a la niña. Para el biberón, las canciones y los paseos en sillita era perfecto. Pero para el baño y los pañales era un desastre. Como suramericano y machista, reivindicaba una

incompetencia absoluta en ese terreno.

Así pues, de mala gana tuve que separarme de Paco. Durante el tiempo en que buscábamos a otra u otro candidato, me ocupaba todo el día del bebé, desde la mañana hasta la noche. Cuando Nicolas llegaba del trabajo, lo esperaba en pie de guerra, agazapada detrás de la puerta. Sin peinar, sin lavar, sin vestir, con el bebé en brazos, como la Arpía domesticada.

Por cansancio, no tuve más remedio que recurrir a mi madre para que viniera a cuidar de la niña mientras yo iba a la biblioteca a trabajar en mi tesis. Volvía a casa por la noche. La niña lloraba en brazos de mi madre que me miraba con aire inquisidor bajo su casco de pelo teñido e impecablemente marcado, como si las hubiera abandonado a las dos. ¿Cuál de ellas era el bebé? ¿Cuál había estado cuidando de la otra? Ya no sabía. Tres generaciones bajo el mismo techo, tres mujeres, hijas la una de la otra, y yo estaba en el medio, era el vínculo, el eslabón de una cadena que me superaba, que me trascendía. Pasaba el relevo que me habían dado, estaba acorralada, había caído en la trampa entre las tres edades de la vida.

Estaba tan angustiada que tenía la sensación de que se me había acabado la leche. Desde que nació la niña, me parecía estar viviendo un sueño, otra realidad. El bebé me alienaba y, a la vez, me liberaba de mis servidumbres. Ya no estaba resentida con mi hermana, ni con mi madre. Había tomado distancia con respecto a mi trabajo, mis prioridades, mi carrera. Estaba harta de todo eso. El juego social me era indiferente. Había vuelto al seno materno, al caparazón incómodo de mi infancia.

Un día me di un baño. Al meter el cuerpo en el agua no lo reconocí. Se había modificado, incluso los huesos eran distintos. Era un cuerpo de mujer, ya no era el cuerpo de adolescente o de niña que me esforzaba en cultivar a base de dietas. Era el cuerpo de las mujeres en la playa, esos cuerpos que han dado a luz varias veces, esos cuerpos de los cuadros de Rubens que la sociedad aborrece, cuando las mujeres viven una esclavitud mucho más solapada que la de la antigua dominación que vivían las mujeres por parte de los hombres, puesto que dicta la norma estética de una forma draconiana y anti-darwiniana. De una manera que impide que las mujeres se realicen como mujeres, en su función femenina, ya sea materna o no. En esta sociedad está dicho que la mujer tiene que permanecer como una chiquilla. En ese momento, según los criterios de la sociedad, yo era horrorosa.

Pero, ¿qué se entiende por ser mujer? ¿Es acaso obedecer a las normas sociales que preconizan la delgadez anoréxica que aspira a hacer desaparecer a la mujer detrás de la chica, o es la plenitud realizada de la mujer que ha dado la vida, la mujer que da el pecho y que la religión exaltó bajo el nombre de María? ¿Esa madre sacralizada que los hombres adoran pero que no desean? ¿O es la mujer liberada que trabaja y asume su propia vida sin tacones y con el pelo corto, que reflexiona pero que no tiene hijos?

Se me caía el pecho, se me oscurecían las ojeras, mis piernas se transformaban en pilares y mis días se reducían como la piel de tristeza^[8]. Ya no tenía tiempo para nada. Hacía nueve meses que no abría un libro. No tenía ni siquiera tiempo de encender la tele y menos mal, porque veía la imagen siempre borrosa. Había renunciado definitivamente a llamar a France Télécom. Ya nadie me llamaba porque ya no tenía amigos. No tenía ni idea de lo que pasaba en el mundo puesto que no tenía tiempo de leer el periódico. Las únicas conversaciones serias que había tenido durante los últimos tiempos se reducían a dos palabras: ¿ba? Baba. Me pasaba horas

en la sala de espera del pediatra al menor resfriado. O mirando a mi hija chapotear en el baño.

Ya no me apetecía salir, viajar o trabajar. Ya no me interesaba la filosofía. Ya no me apetecía vestirme, maquillarme, y una camiseta o un chándal sobre los michelines bastaban para que mi hija estuviera contenta de verme, pues yo era a quien ella quería, más allá las apariencias, y con eso me bastaba. Ya no necesitaba hacerme preguntas acerca del sentido metafísico de la vida puesto que el sentido de la vida, me gustara o no, era ella. Era algo sólido, concreto. Ella nunca decepcionaba. Todos los días estaba al pie del cañón, con su lote de lloros, pipís y sonrisas. Dependía de mí, sin mí no era nada. Nadie en el mundo estaba tan ligado a mí. Ni el amor de un marido, ni la amistad de una amiga son comparables al apego de un bebé cuando te mira y te pide que le des de comer, que lo cojas, que lo acaricies, que lo quieras con un amor absoluto, y no sabes ni siquiera por qué.

Veía a mi madre todos los días. Pero ya no veía a mis amigos. A los que estaban solteros ya no les interesaba en absoluto. Estaban hartos de verme con aspecto huraño u ocupándome de Léa. Los demás, los que ya tenían familia, a los que de forma sorprendente me había acercado desde que era madre, estaban demasiado ocupados con su prole como para entablar verdaderos vínculos.

¿De qué sirve la amistad si no está presente ni en los momentos de desgracia ni en los de felicidad? ¿Por qué los amigos nos abandonan precisamente en los momentos extremos de la vida, cuando más los necesitamos? ¿De qué sirve la amistad si no está en esos instantes? ¿De qué sirve vivir si el amor no existe y la amistad es una engañifa?

Léa tenía seis meses y era nuestro aniversario, el del día en que nos conocimos.

Recuerdo que para el primer aniversario Nicolas me llevó a Oporto. Fue una sorpresa. Éramos dos enamorados en las calles portuguesas, con el pequeño puerto encantador, la ciudad en cuesta, las calles adornadas con flores, las callejuelas escondidas en las que nos besábamos escuchando fado, despreocupados bajo las estrellas de la primavera. Mi corazón latía para él. Dudábamos entre ir a un restaurante o un concierto, ir al cine o ver a unos amigos. ¡Felices indecisiones de las parejas sin hijos! Entonces les parece que la vida es eso, una sucesión de decisiones sin consecuencia.

Aquella noche, llevaba dos horas intentando que el bebé se durmiera. Nicolas llegó a casa, cogió una lata de Coca-Cola de la nevera y cerró la puerta. El bebé se sobresaltó y se echó a llorar.

—¡Imbécil!

—¿Qué?

—Idiota. ¿No has visto que estaba dormida?

—Sí, lo he visto, pero si ni siquiera puedo beber algo...

—¡Me ha costado dos horas dormirla! Podrías tener un poco de cuidado.

—Oye, mira, más vale que te advierta: no podemos tener una bronca porque la niña se despierta. La cosa no va así, para nada. No voy a vivir de puntillas porque está durmiendo. Ésta es mi casa...

—Pues mira, vuévela a dormir tú. Yo ya no puedo más.

Se me habían quitado las ganas de celebrar nuestro aniversario. Lo único que quería era meterme en la cama.

Cuando una hora más tarde vino a la cama, después de haber dormido a la niña, lo estaba esperando viéndolo todo negro.

—Mira —me dijo—, he pensado que para nuestro aniversario podríamos irnos un fin de semana, pero esta vez para reencontrarnos un poco nosotros dos, tú y yo. Podríamos dedicarnos un tiempo para vernos de verdad, hablar, cenar en un restaurante, ir al cine... ser como antes, ¿te acuerdas?

Pues claro, claro que me acordaba de nuestra vida de antes. De hecho, es cierto que no hacíamos cosas apasionantes. Pasábamos el tiempo, cenábamos, veíamos películas.

Luego Nicolas me explicó que lo mejor sería que nos fuéramos a casa de sus padres, en Trouville: podríamos dejarles a la niña y salir nosotros dos, de parejita. Pero yo no quería ir a casa de sus padres por nada del mundo.

—¿Pero por qué? —preguntó Nicolas—. ¿Les has declarado la guerra a mis padres cuando a tu madre la ves todos los días? Y yo también, por cierto...

—¿Y? Ya te va bien que venga a ocuparse de la niña, ¿no? Soluciona el problema de la canguro.

—Sí, pero me molesta verla.

—A mí me molesta ver a tus padres.

Y nos volvimos a meter en una discusión gordísima, ahogando los gritos para no despertar a la niña.

Era ya tarde cuando Nicolas se me acercó. Me resultaba difícil estar junto a ese cuerpo que se había vuelto extraño y que, de repente, por fin, se unía al mío. Era a la vez desconocido y familiar de forma rara. Era un padre, y un hermano desde que nos habíamos convertido en una familia. Tenía la sensación de estar cometiendo un incesto. Me sentía mal conmigo misma. Estaba en otra parte. Mi cuerpo era insensible, insumiso, y no sentía nada más que una especie de molestia. Todavía me dolía. Por primera vez, mientras hacíamos el amor me puse a pensar en otra cosa. En Italia, en las promesas, en la moto, en los dos embriagados por el viento, pegados uno al otro, apretados, y delante de nosotros estaba el horizonte, un horizonte hermoso.

Ahora todo era tan distinto... Nuestra relación había evolucionado tanto en tan sólo algunos meses... En adelante, cada uno tiraría por su lado. Mi amante se había convertido en mi hermano. En mi corazón, mi hija ocupaba el lugar de mi compañero. El bebé ocupaba su lado de la cama.

Estábamos ahí, de frente, sin gusto por vernos. Nos hacíamos daño. Nos decíamos cosas terribles, irreversibles. Nos humillábamos. Nos peleábamos. Nos deteriorábamos, nos desvalorizábamos. Nos ofendíamos. Nos tratábamos mal. Empleábamos palabras que hacen daño, palabras que se quedan. Nos decíamos cosas que degradan. No teníamos interés por el otro. Nos alejábamos. Éramos como dos continentes a la deriva. Ya no compartíamos el mismo mundo. Nos hacíamos preguntas. Preguntas ofensivas. Nos hacíamos un daño infinito, el peor de los daños. Nos matábamos a fuego lento, poco a poco, haciendo ruido. Y ahora... La destrucción de nuestra relación era intensa y patética.

Por fin llegaron las vacaciones.

Pero, ¿qué se puede hacer en vacaciones cuando se tiene un bebé y cuando uno no quiere quedarse todo el día metido en casa cuidándolo y sólo desea descansar, no hacer nada, pasear, viajar?

Sugerí a Nicolas que nos contentáramos con Paris-Plage, que no quedaba lejos del Marais, pues podíamos ir con la sillita y era la ocasión de usar la Pliko de Peg Perego e intentar abrirla entre los dos. Me llevaría una toalla. El bebé estaría contento debajo del aspersor. En efecto, a Léa le encantaba el agua. No estaba nunca tan contenta como cuando la bañábamos. Se sentía en su elemento, agitaba los brazos y las piernas, probaba el agua del baño, nadaba como un pececito y se reía a carcajadas. Pero tras un primer intento de acceder al lugar en cuestión, tuve que dar la media vuelta pues no había ni un solo sitio ni para el cochecito ni para nadie en aquel cuerpo a cuerpo.

Varias personas nos habían aconsejado el Club Med que tenía un *baby-club*. Mi hermana Katia, que era una madre experimentada con dos niños, me había asegurado que era la mejor solución puesto que permitía escaparse de los suegros gracias a la guardería para niños.

Las canguros eran estupendas, sobre todo desde que el Club Med había cambiado la política de las niñeras: antes se daban demasiados divorcios después del verano ya que los padres tenían la fastidiosa manía de entablar relaciones estrechas con las Súper-canguros. Desde que habían puesto a canguros más feas, las parejas se llevaban mucho mejor.

No estaba de humor para ir al Club Med. Prefería más bien quedarme en París que ir a ese sitio organizado por y para la sociedad de consumo. Me aferraba a mi imagen romántica, la de antes del nacimiento.

Pero tras la experiencia de Paris-Plage, acabé aceptando ir a Metapunto, en Italia. Preparamos el equipaje. Después de tres horas de esfuerzos, habíamos llenado tres maletas con: los pañales, la ropa, los biberones, el calienta biberón, el esterilizador, juguetes, productos para el cuidado del bebé, la sillita, el Maxi-cosi y la silla paraguas.

Llegamos con todos los bártulos al mostrador de Air France para comprobar que la compañía francesa había vuelto a informarnos mal. Habíamos hecho tres llamadas en las que nos aseguraron que el libro de familia era suficiente para que el bebé pudiera viajar. Al final, cuando llegamos al mostrador, con nuestros billetes sin derecho a cambios ni reembolsos, nos comunicaron que efectivamente necesitábamos un pasaporte para el bebé. Me enfadé y me puse nerviosa con Nicolas que no podía hacer nada, y allí estábamos, con unos billetes echados a perder y sin poder viajar. Vaya decepción.

En vez de volvernos por donde habíamos venido con todo el equipaje, acabamos tomando el vuelo de Alitalia, una compañía más comprensiva. El hotel era un lugar confortable con habitaciones que daban al mar, el lugar de veraneo del s. XXI. Era una

especie de paraíso en un lugar despoblado... ¡Lejos! Lejos de Francia y de todas sus miserias. El campo de alrededor parecía un decorado de teatro.

El club ofrecía un programa mamá-bebé en el que me inscribí con el deseo loco de recuperar la línea. Primer día: masaje de 80 minutos. El tratamiento estaba totalmente basado en la relajación. El terapeuta me untó de aceite y luego me dio un masaje haciendo símbolos cabalísticos. Estaba empezando a dejarme ir cuando me avisaron de que mi marido había llamado porque el bebé estaba llorando. ¡Se acabó la relajación! En las narices del terapeuta atónito y a riesgo de pasar por la hereje del ayurveda, me calcé las chanclas y me envolví en un albornoz para irme a la carrera a reunirme con mi bebé, al que guardaban en el *baby-club*. Allí me encontré con Nicolas que estaba en plena conversación con la canguro que, al contrario de lo que había asegurado mi hermana, era una chica rubia muy mona.

—Barbara, te presento a Natacha, que se va a ocupar de Léa. Natacha, ésta es Barbara, la mamá de Léa...

La miré de arriba abajo con aire consternado, cogí a mi bebé en brazos con aire protector y me fui.

—Cualquiera diría que estamos en la isla de la Tentación^[9] —dije durante la cena.

—¿Qué quieres decir?

—Te digo que si sigues mirando la niñera, me largo inmediatamente con mi bebé bajo el brazo.

—*Tu* bebé... es también mi bebé, te lo recuerdo. Y además, estoy harto.

—¿Harto de qué?

—De vivir contigo. De pasar mis vacaciones contigo. De tus comentarios, de tu maldad, de tu paranoia.

En la mesa de al lado había una pareja perfecta en versión italiana. El marido iba vestido con lino blanco y la mujer estaba impecable en su vaquero ceñido y tenía en brazos a un querubín de tres meses adorable que dormía plácidamente.

—Ves —susurré—, mira esa pareja, lo bien que están. ¿Por qué nosotros no somos así?

Nicolas echó una ojeada.

—¿Qué les encuentras?

—Están bien vestidos, están delgados y parecen enamorados.

—Sabes, los he estado mirando, y no me parece que estén tan enamorados. No se han dicho nada en toda la cena.

—¿Ah sí? ¿De verdad? —dije, llena de esperanza. Era una idiotez pero creer eso me levantaba el ánimo.

—Y además, ese bebé está dormido, así que nada puede asegurar que sea más tranquilo que Léa. Además, fíjate, no le da el pecho. Le da biberones.

—Sabes, Nicolas, creo que el amor es como la nieve, que cae y luego desaparece...

—No, Barbara, no. El amor no desaparece, sino que el tiempo pasa...

Volvimos a la habitación y nos desplomamos, agotados, junto a la pequeña que por fin se había dormido al final de la cena. Ya no nos quedaba deseo ni para abrazarnos.

Por las tardes, cuando estábamos en la habitación, Nicolas se me acercaba pero cada vez que nuestros cuerpos empezaban a abrazarse o acercarse, la niña, como si tuviera un detector de sexo, se despertaba. ¿Qué nos había pasado? ¿Seríamos capaces de recuperar nuestra vida de antaño? Nuestros abrazos, nuestras caricias, nuestras palabras de amor... La visión que tenía del sexo después del embarazo era tan distinta... Ya no me molestaba enseñárselo a mi ginecólogo. Antes me incomodaba, pero desde ahora era como una mano o un pie, estaba desacralizado, me lo habían tocado tanto y de una manera tan orgánica que eso ya no tenía sentido. El sexo por fuera era utilitario. La sexualidad ya no existía. Porque la sexualidad es el tabú, es lo sagrado. Si se enseña como una mano o un brazo, entonces en el sexo ya no hay nada sexual.

El erotismo no se nutre más que del límite y de lo prohibido. Ahora bien, el nacimiento había roto el tabú. Ya nada era sexual. Incluso el sexo no era sexual, era al contrario que Adán y Eva en el Paraíso, ya no sabía lo que era el pudor, mi sexo se había convertido en un lugar de paso, lo habían cosido, descosido y recosido. Ni estar gorda me daba ya vergüenza. Miraba a los hombres como a las mujeres. Sentía una sensación de familiaridad extrema con Nicolas, tenía la sensación de que era mi hermano.

Él dormía dándome la espalda.

Estaba en la cama y no podía dormir a pesar del cansancio. Pensaba: ¿acaso saben los que van a juntarse lo que les espera? ¿Les advierten? ¿Los preparan? No, se les deja lanzarse con toda la ilusión. Pobre Príncipe Azul y pobre Cenicienta. ¿Eso sólo dura la noche del baile?

¿Qué pasa después? Cuando se da a luz, cuando se está con los pañales, cuando ya no se puede hacer el amor, cuando uno se aparta del otro, cuando el otro mira a las demás, cuando se discute por las cosas de la vida cotidiana, cuando poco a poco uno se resigna a ser infeliz...

Existe el amor de los primeros momentos y existe el amor de la madurez, el que viene después, aquél en el que nadie piensa y, sin embargo, el amor del primer encuentro no es más que una bobada al lado del amor conyugal. Se sabe bien lo que es estar enamorado y vivir en un mundo vaporoso e irreal, llevado por la pasión, pero ¿qué es vivir con una mujer? ¿Qué es tomar a una mujer? ¿Y conocer a una mujer después de verla dar a luz a un hijo? Si el amor no es más que las caricias del principio, entonces no me interesa. Si el amor dura lo que dura un beso, si el amor muere, entonces amar no me dice nada. Si el amor consiste en enamorarse, en vivir algunos meses de felicidad absoluta, entonces no me interesa amar. Si el amor es amar varias veces, a varios hombres, a varios cuerpos, entonces no quiero saber nada

del amor. Si el amor es sentir el corazón palpar solamente cuando creemos que vamos a perderlo, entonces no me basta. E incluso, si el amor evoluciona, quiero pensar que existe. Si no, me da igual vivir o no.

Aprovechando que el bebé dormía, me metí en la lectura de *Estimular las neuronas de su bebé*, donde aprendí que es necesario despertar al bebé desde la edad más temprana, incluso en el útero. Es importante que tenga conexiones neurológicas para desarrollar el cerebro, esto es: evitar tomar drogas o alcohol cuando se está amamantando, hablar con él y exclamar cuando balbucea “¡Bravo!”, para mostrarle que se está muy contenta, hacer que juegue, estar atento, leerle libros para bebés desde muy pequeño para acostumbrarlo a la lectura, aprovechar el momento de cambiarle los pañales para construir relaciones emocionales con él, responder cuando llora, masajearlo tres veces al día para reducirle el nivel de estrés, hacerle los cinco lobitos con las manos, convertir las comidas en momentos agradables y distendidos, expresar en todo momento felicidad e interés por el bebé, y evitar cargarlo con el peso de su angustia. Cerré el libro agotada ya sólo con la idea de llevar a cabo semejante programa.

Qué lejos quedaba Italia. Qué lejos y qué cerca a la vez.

Se había acabado la relación construida en el amor de dos cuerpos entrelazados.

Se había acabado San Francisco, los grandes edificios hacia el cielo inmenso, y la loca aventura por la carretera número 1, las sonrisas cómplices, una mano que se posa sobre otra mano, un beso que se atreve sobre los labios mojados.

Se habían acabado las noches mágicas, locas noches de bar atravesadas por las risas.

Se habían acabado los hombres que llueven como en la canción^[10], las camisas que uno quita, los torsos que se rozan. Se había acabado el romanticismo, los destinos hermosos, adiós a los sueños, a los encantamientos. Se habían acabado la ciudad gótica, las noches plásticas, los días dinámicos, las tardes mágicas. Se acabó la pasión.

Adiós a la Venecia romántica, adiós a los sueños prolíficos, a Asia y África, y adiós a América.

Se habían acabado las luces tamizadas de la noche, los cócteles en grandes sillones, el diseño ecléctico de las paredes y los muebles, las habitaciones cuadradas, las camareras en minifalda y los camareros amanerados, con vaquero y chaqueta, y el oscuro resplandor del humo, la seducción amortiguada, encerrada, las camas mullidas, ambiente de día, ambiente de noche. Se habían acabado las cantantes con vestidos calados y voces que se arrastran hasta las 4 de la mañana. Se había acabado el ritmo que envuelve, en el vapor del cigarro puro, el humo del alcohol, tan sólo mirar y escuchar, reír en medio de las palabras, hablar en medio de las risas, acercarse al oído, escuchar los acentos de la ciudad, los altos y los bajos de una melancolía alegre, de un delirio sutil, de una mujer que disfruta evocando no se sabe qué, de romántico y triste, de pasado, una contemplación oscura y dulce como la vida, ¡se había acabado la ligereza!

Soy la mujer abandonada, la mujer encadenada por la vida, la mujer alelada, la mujer que se calla, que se disgusta en silencio, que en voz baja sabe que se ha dejado

atravesar por los años. Soy el apóstol de la cotidianidad, la mujer herida que no se levanta, la mujer helada que mide sus pasos. Soy la mujer con velo, que vela sus pensamientos, la mujer sumisa que cuenta sus pasos.

Soy la mujer con las manos juntas, rezo en silencio, y de oro y de cielo despunta el alba, y no duermo, soy la mujer dulce, dulcemente sublevada, y susurrando voy empujando el cochecito de un bebé.

Soy la mujer abolida que todas las noches vive la abominable nostalgia de todo lo que no llegó a vivir.

Me acordaré siempre de ese día. ¿Cómo podría olvidarlo? Hacía bueno en París. Tal vez fue por eso por lo que nos separamos. Porque hacía bueno en París.

Por una vez, el cielo gris había dejado lugar a un sol radiante y un viento seco y frío que cortaba la cara.

Llamé a mi hermana para quedar y vernos fuera, en un café. Me apetecía tomarme un buen café con leche en una terraza.

—Ah, ¿te vas? —preguntó Nicolas.

—Sí, he quedado con mi hermana... Me apetece salir. Hace ocho meses que no me tomo un café en un bar.

—¡Pero si te había dicho que había quedado con Anthony esta tarde!

Efectivamente, Anthony acababa de llegar. Dejó caer el casco de la moto, despertó a la pequeña que empezó a llorar, así que la tomé en brazos, a lo que él me dijo:

—Aguántale la cabeza, ¿no?

Le contesté que se metiera en sus asuntos, aproveché para cambiarle los pañales, la niña se volvió a adormecer, y se la di a Nicolas para que la tomara en brazos.

—Me voy, ¡hasta luego!

—Ah, muy bien.

—¿Qué? ¿Te molesta?

—Sí, me molesta. ¿Cómo quieres que me ocupe de la niña y al mismo tiempo vea a Tony?

—Pensaba que Anthony quería ver a la niña.

—¡Sí! —dijo Anthony—. ¡Genial! Ahora ya la he visto, ¿nos vamos?

Lo miré con maldad.

—Bueno, me da igual, yo me voy.

—Perfecto —dijo Nicolas, agresivo.

—Mira, ¿quieres que te prepare un biberón? —dije, empezando una esterilización en el microondas.

Puse agua en un tarro, lavé el biberón y lo coloqué en el recipiente.

—No sabes lo que haces —dijo Nicolas—. Ni siquiera estás mirando las dosis de agua del esterilizador.

—Te recuerdo que hago esterilizaciones todos los días.

—Para, lo estás haciendo mal.

—Esto es el colmo. Soy su madre y sé perfectamente lo que hay que hacer.

En esas la niña ya estaba llorando.

—Bueno, lo que tú quieres es que me quede, ¿no? Dímelo, si es eso lo que quieres.

—No, quiero que te vayas.

Cogí la chaqueta y me fui. Cuando llegué al portal, lo llamé al móvil.

—Te prohíbo que me humilles delante de tus amigos.

—¿Y a ti no te parece ridículo ponerte a competir con Anthony? Estás celosa,

¡incluso de mis amigos!

—Y a ti sólo te importan tus amigos... O las niñeras.

—Eres patética.

Tras decir eso, me colgó el teléfono.

Cegada por la ira, subí las escaleras de cuatro en cuatro.

—Vale, cancelo mi cita —dije.

—Eso es, cancelácala, yo me voy.

—¡Ni hablar!

—Ven Tony, nos vamos.

—Si te vas, me llevo a la niña y no nos volveremos a ver nunca más.

—Si la secuestras, voy a la policía y te pongo una denuncia.

—¡Eres tú el que abandona el domicilio conyugal!

Se marchó. Abrigué a la niña, metí algunas cosas en una bolsa y me fui.

Me metí en un taxi dándole vueltas al odio que sentía y tratando de hacer balance de la situación. De doctoranda, me había convertido en ama de casa. De ama de casa, me había convertido en una “sin techo”. ¿Hasta dónde me iba a degradar?

Mi hermana me acogió, sorprendida al verme llegar con el bebé y mis cosas. Le pregunté si podía quedarme unos días en su casa. Le venía bien, pues su marido y los niños se habían ido a casa de sus suegros. Mi madre había aprovechado para venir a verla.

Volvía a vivir con mi madre y mi hermana, como en los viejos tiempos en que estábamos las tres sin hombres. Mi madre apareció, venía de la cocina, con el mechón rebelde, un traje de chaqueta rosa y con la mirada incisiva bajo una abundante capa de rímel, acogiéndome con toda naturalidad, nada extrañada de verme sola con la niña.

—Tu hija está demasiado apegada a ti —comentó durante la comida—. Así no va a aprender a ser independiente, y más tarde le resultará muy difícil vivir en pareja. Venga, ¡come un poco más!

Sin esperar mi aprobación me llenó el plato con tres rodajas de ternera.

—Deberías venir a pasar unos meses conmigo, me podría ocupar de ti y te ayudaría a deshacerte de tu hija.

Mi madre creía que seguía siendo su bebé. Creo que no había entendido todavía que me había hecho mayor. Los psicólogos de la infancia han demostrado que el niño de pecho no es capaz de diferenciar a la madre de él. En el caso de mi madre, ocurría exactamente lo contrario.

—¿Has encontrado ya una canguro?

—Sí... Bueno, no, no del todo.

—¡Ten cuidado! ¿No has visto ese documental americano acerca de las cámaras que filman a las niñeras mientras las madres están en el trabajo? Nada de paseos con crema de índice ciento setenta de protección solar, nada de Mozart ni lecturas de cuentos encantadores. ¡Nada de eso! El bebé acaba en el salón viendo vídeos porno en compañía de la canguro y su amante, con la tetina del biberón metida hasta las amígdalas para que no berree como única comida, mientras los otros dos se comen las zanahorias ecológicas compradas para hacerle el puré al niño. ¡Y es que el amor da hambre! Y te recuerdo que debajo de casa, he visto a canguros que se pasan el día hablando por teléfono móvil mientras a los niños les dan palizas los más mayores con la pala en los parques de arena. ¡Sin mencionar el caso de la canguro que pegó al bebé y la policía metió a los padres en la cárcel porque ella los acusó de malos tratos!

—Gracias, mamá, todo lo que cuentas es muy alentador.

—¡Que no! ¡Que no cunda el pánico! ¡Tu madre está aquí para ayudarte! No es mi intención aterrorizarte, pues hoy día está bien visto procurar que las madres no se vuelvan ansiosas, pero te puedo asegurar que lo mejor para ti y tu bebé es sencillamente evitar las canguros y recurrir a la persona que mejor te conoce y que más te quiere en el mundo: tu madre. Y ahora no me vengas con que prefieres a tu

suegra. Ya sabes que no le gusta que des el pecho. ¡Y todo porque ella no lo hizo! De hecho, mira lo que ha conseguido con tu compañero: un niño al que no han amamantado será un futuro hombre sin corazón, que no será generoso, ¡y que hará a su mujer infeliz!

En ese momento sonó el teléfono. Era Daniel, el marido de Katia. Ésta desapareció y se fue a su habitación para hablar con él, y mi madre aprovechó para recomendarme que me ocupara de mi hermana. ¿Por qué tenía que ser siempre yo quien tenía que acudir en ayuda de mi hermana, cuando ella era cinco años mayor que yo? Pero mi madre insistía, mi hermana tenía problemas con su marido.

—Llama a tu hermana de vez en cuando, es lo único que te pido.

—Sabes perfectamente por qué no la llamo.

—Sí, pero todo aquello ya pasó, son historias pasadas... Y además, no quiero oír hablar más de ello. No eres más que una ingrata. Cuando pienso en todo lo que he hecho por ti...

—¿Qué has hecho por mí?

—¿Quién te animó a que estudiaras, quién insistió cuando quisiste dejar las clases de danza, quién iba a aplaudirte vestida como ibas con tu ridículo tutú rosa cuando estabas al fondo del escenario porque eras la más negada de la clase? ¿Y quién era tu más ferviente admiradora en los partidos de balonmano en los que te pasabas el rato corriendo de un lado para otro detrás del equipo sin llegar a tocar la pelota? Y cuando eras un bebé y estábamos de vacaciones en Turquía, ¿quién recorrió el país entero en busca de leche para ti?

Pues sí, la deuda, esa famosa deuda, la leche, estaba siempre entre nosotras. Y naturalmente, detrás de la leche se escondía la deuda inmensa e inagotable, la que nunca dejaría de pagar a mi madre y que me perseguiría siempre por la culpabilidad porque es infinita: la deuda de la vida que mi madre me dio.

Mi madre acabó por marcharse. No quería decirle que me había enfadado con Nicolas, pues le hubiera gustado demasiado inmiscuirse en mi vida, como había hecho con mi hermana.

Dormí a la niña en el cuarto del pequeño Joseph y me estiré en la cama. Estaba agotada.

Mi hermana se coló en la habitación y se sentó en el sillón.

Con lo delgada que había sido, después de dos partos se había puesto gorda. Tenía papada, unas formas que disimulaba bajo amplias camisas, un moño, y llevaba unas gafas con las que tenía pinta de profesora cabreada.

Recuerdo las peleas con mi hermana, cuando compartíamos la habitación. Nos llevamos cinco años y hemos tomado caminos muy distintos en la vida. Escogí la vía del estudio, dedicándome a la filosofía de una forma académica e interminable, y Katia empezó la carrera de violinista, pero la dejó después de la llegada al mundo de su primer hijo.

Al principio, Katia me tenía celos, por ser la hermana pequeña de la que todo el mundo estaba pendiente. Y luego fue al revés, cuando al crecer me convertí en una adolescente regordeta, mientras que Katia seguía delgada y esbelta, y cada vez era más guapa, con su pelo negro como el azabache y largo hasta la cintura, sus ojos verdes ribeteados por unas cejas arqueadas, y una sonrisa deslumbrante. Yo llevaba aparatos de ortodoncia en toda la boca para enderezarme la dentadura torcida y unas gafas redondas bastante grotescas escogidas por mi madre, naturalmente. Ella prefería claramente a su hija mayor, que era tan guapa, y a mí no paraba de decirme: “Hija mía, escucha bien lo que te voy a decir, cuando se tiene un físico poco agraciado, más vale compensarlo con el intelecto”.

—Vamos a ver, Barbara —dijo Katia de esa manera tan suya, con su voz grave, sin demostrar emoción alguna—. ¿Qué haces aquí?

—Me he ido. Las cosas con Nicolas ya no funcionan. Estoy harta...

—Mira, es gracioso, tú también... Me alegro de que Daniel se haya ido con los niños, así tengo un poco de tiempo para pensar en mi vida... Todo va a cambiar. ¿Sabes que pronto nos mudamos?

—¿Ah sí? ¿A qué barrio?

—A Blois.

—¿Fuera de la capital?

—¿Por qué no? Hay otros lugares además de París, ¿sabes? Aquí me siento sola, desamparada, inactiva. Ahora que los niños son más mayores y van al colegio, me aburro. Resulta carísimo hacer cualquier actividad.

—Sí, lo entiendo... Pero a Blois, ¿estás segura?

—Es mejor eso que estar aquí dando vueltas, no poder respirar por culpa de la contaminación... Ya verás el estrés que es vivir aquí con el bebé —añadió Katia—. Entenderás que me quiera ir.

Así pues, todo seguía igual. No tenemos nunca las mismas ideas ni los mismos

gustos, y siempre tenemos que estar en desacuerdo. Katia y yo tenemos una extraña manera de estar en resonancia, como si cada cosa que yo diga la pusiera en tela de juicio y viceversa.

—¿Conoces la expresión “del trabajo a casa y de casa al trabajo”? —siguió—. Pues bueno, dentro de poco sabrás la continuación: “del trabajo al bebé y la casa y de la casa y el bebé al trabajo”.

—Tú y mamá tenéis una forma curiosa de levantarme la moral.

—Ay, venga, no te lo tomes mal... No quería molestarte, sabes.

—Mira, Katia, jamás te has cortado un pelo. Ni mamá ni tú me habéis dejado nunca pasar una. Siempre me habéis visto como un patito feo. Siempre me habéis machacado. La verdad es que no sé por qué os aguanto. De hecho, no sé qué coño hago aquí. Mira, me voy... —dije, levantándome.

—¿Dónde vas?

—No lo sé.

—Para, no te vayas. Quédate aquí. Por favor.

Katia me miró muy seria.

—Es cierto, Barbara. Siempre te he hecho pagar el precio de mis propios problemas, sin ayudarte ni protegerte como podría haber hecho... Por ejemplo, debería haberte avisado.

—¿De qué?

—De lo que es tener un hijo. ¿Crees que para mí, por ejemplo, todo es siempre de color rosa? Para todo el mundo es duro.

—En mi opinión, aguantas demasiado. Se diría que estás encerrada en tus deberes.

—Es verdad, la maternidad es un deber —dijo mi hermana—. Tengo un marido, dos hijos, un apartamento precioso, y lo que me apetece es dejarlo todo y largarme. ¿Acaso tengo derecho a decir algo así?

—No... Aunque de hecho sí, lo tienes. Hay que admitirlo y decirlo. Creo que hay que tener la valentía de hacerlo.

—Tú lo has hecho.

—Sí, bueno, no sé si es una victoria.

—¿Por qué te has ido, Barbara?

—El amor es difícilmente compaginable con los pañales. No aguanto más viviendo así y no sé qué hacer para salir de ahí. Creo que no sirvo para llevar una casa.

—¡A quién se lo dices! He construido toda mi vida alrededor de mi pequeña familia y ahora siento que es demasiado tarde.

—Pero tú quieres a tus hijos... Eres feliz con ellos...

—Sí, pero... Lo he dejado todo de lado: mi juventud, mis estudios, incluso mi feminidad.

Miré a mi hermana atentamente. Al verla pálida, con el pelo recogido y las gafas,

me dio pena. Me dio pena y me dio miedo, como si estuviera viendo una mala caricatura de mí misma.

—A ver, todavía no es demasiado tarde. Tienes que moverte y hacer algo. Adelgazar, hacer deporte...

—Es fácil decirlo.

—Bueno, te has matriculado en la facultad de historia del arte, ya es algo...

—Sí, claro. Los cursos en el Louvre con las viejecitas... Un poco patético, ¿no?

—Pues sí, un poco.

En ese momento la niña se echó a llorar. No paraba nunca. Me agotaba. No me daba ni un respiro, ni siquiera por la noche. Tenía la sensación de estar en la película de *La confesión*, de Costa Gavras, cuando torturan al protagonista impidiéndole dormir.

Con diez meses, Léa no dormía por las noches de un tirón. Se negaba a dormir sola. Para acostarla después de la crisis de llanto, había que acunarla, darle de beber leche y cogerla en brazos, de forma simultánea o sucesiva, y dejarla con suavidad en la cama para que no se despertara, porque si no, había que volver a empezar toda la ceremonia de la dormida: acunarla, darle de beber, cogerla en brazos... Por la noche se despertaba entre tres y cinco veces, y había que volver a dormirla otra vez. Estaba agotada, al borde de un ataque de nervios, tan cansada que tenía la sensación de estar viviendo en otra realidad. Durante el día, me arrastraba por un mundo vaporoso que parecía el decorado de un escenario en el que había actores y yo era la espectadora.

Siguiendo los consejos de mi hermana, acabé acudiendo al doctor Nahum. El pediatra especialista en el sueño tenía su gabinete en el Marais, cerca del lugar donde vivía. Pasé por delante de mi casa —¿aún era mi casa?— y se me encogió el corazón. ¿Cómo podíamos haber llegado a esa situación? Había apagado el teléfono móvil para no tener más noticias de Nicolas y sabía lo cruel que eso era por mi parte. Seguramente habría intentado llamarme y yo no tenía derecho a hacer algo así, era su hija y la estaba utilizando para hacerle sufrir. Sin embargo, no podía evitarlo. ¿Por qué actuaba así? ¿Por desesperación y dolor o porque ya no lo quería?

Entré en un edificio que tenía un patio interior, en el Marais chic, del lado de la Rue Francs-Bourgeois, cerca de la galería de Nicolas, y llegué hasta una gran sala de espera en la que sobre una mesa descansaba una pila de *Elle*. Esperé dos horas en la sala en la que las madres se apretujaban.

Me enteré de que Johnny^[11] y Laetitia habían adoptado a una pequeña Jade y que estaban pensando en darle pronto un hermanito. Se veía al cantante con la piel surcada por las arrugas y su joven esposa, los dos asomados a una cuna en una habitación repleta de juguetes de todo tipo, alfombras didácticas, pufs y sillitas para bebés. Era la imagen de una felicidad tranquilizadora aunque tardía. Tal vez hacía falta haber vivido mucho para poder apreciarla.

A mi lado, un padre joven con ojos azules y el pelo hábilmente despeinado me miraba a hurtadillas. Había venido solo con su gran bebé de dos años. Me preguntó qué pensaba de Johnny. Tenía una sonrisa encantadora. Se llamaba Florent y estaba separado de su mujer. ¿Y yo? Me llamaba Barbara y estaba separada del padre de mi hija. Qué triste.

No, no era tan triste. Era psicólogo. Las parejas se divorcian a menudo durante el primer año del hijo. Sabía largo y tendido sobre el tema. Tal vez podríamos darnos nuestros números de teléfono y contarnos nuestra historia.

Por fin entré en el despacho a petición del doctor, un hombre de unos sesenta años, moreno con las sienes entrecanas y seductor. Me observó con aire radiante desde detrás del escritorio de caoba. Cogió un papel, escribió varias palabras en una libreta, y luego me preguntó por la razón de mi visita.

Le expliqué mi problema: la niña lloraba a menudo, me costaba tranquilizarla, no conseguía dormirla, se despertaba entre tres y seis veces cada noche, ya no podía

más, a veces pensaba que iba a pegarla.

—Tiene que comprar un cochecito urgentemente —dijo el doctor fijando en mí una mirada azul penetrante.

Se parecía a mi padre.

—¿Un cochecito? Pero, ¿por qué?

—Para cortar con el cara a cara con la madre. A ver, para que me entienda, es necesario poner barreras entre las madres y las hijas. ¿Le da a menudo de mamar?

—Más o menos cada hora. ¡En la Leche League están muy orgullosas de mí!

—¿Tiene conflictos con el padre? No quiero parecer indiscreto, pero es muy importante dejar un lugar al padre, ¿sabe? Hay mecanismos que, incluso dentro del tejido social, participan en el debilitamiento del lugar simbólico del padre.

—De momento no vivo con el padre.

—Discúlpeme la indiscreción, pero... ¿Se han peleado?

—Desde que nació la niña no hemos parado de pelearnos. No conseguimos reencontrarnos.

—Para que me entienda —dijo el doctor Nahum—, la pareja está destinada a cambiar desde el momento en que nace un hijo, la mujer se convierte en madre y el hombre debe ocupar el lugar del padre. El hijo pone en tela de juicio el equilibrio de la familia, pues con su llegada hace que evolucionen los papeles de los miembros de la misma, supone una abertura con respecto a las dificultades, a las repeticiones morbosas. Esa llegada es una puerta que se abre y no tiene que ser una puerta que se cierre, ¿ve lo que quiero decir? Fue usted quien dio el portazo, ¿no es así?

—Por decirlo de alguna manera. Pero ha sido él quien ha hecho que la vida en nuestra casa sea un infierno.

—¿Un infierno en qué sentido?

—Creo que mi marido es un machista.

—¡Magnífico! ¡Eso es estupendo! Necesitamos machistas. Creo que cada padre debe cumplir su papel, sin confusión de sexos. De ello depende el equilibrio del hijo. Hoy día las madres son todopoderosas, ¡hay que pararlas! Lo que se necesita para salvar al hijo de la fusión con la madre es precisamente un machista.

—¿Eso cree, doctor?

—¡Claro! La invito a pensar que los hombres y las mujeres somos distintos desde la noche de los tiempos, y contrapongo la lógica del embarazo, la de las mujeres, a la lógica del coito, la de los hombres.

—¡Pero doctor! ¿Y qué hay de la revolución feminista y todo aquello...?

—Ay, mire, no siga. No me hable de feminismo. Ya lo sé. A nadie le gusta que lo reduzcan tan brutalmente a su sexo y a sus angustias arcaicas. Es la historia de la humanidad la que nos ha llevado a donde estamos hoy día, atrapados en este triángulo eterno —el padre, la madre, el hijo—, en el que ya no sabemos equilibrar las fuerzas. Y le aseguro que los padres y las madres están perdidos y extraviados en la confusión de los papeles. Creo que cada uno tiene que encontrar su lugar.

—¿Uno en la moto y la otra ocupándose del servicio post-venta de Darty mientras da el pecho?

—Querida señora. Una cosa es que los hombres laven los platos. Pero tienen que desempeñar su verdadero papel de padres. No el que se ve en las series televisivas y el de los tópicos de moda.

—Y en su opinión, doctor, ¿cuál es el verdadero papel del padre?

—Es el que se interpone entre la madre y el hijo.

Efectivamente, estaba sola con la niña. Sola con la niña: eso quería decir que me tocaba a mí ocuparme de ella todo el día. Y sin embargo, me hubiera gustado que Nicolás se ocupara de ella como sabía hacerlo. Y también que se ocupara de mí. Me sentía muy bebé desde que tenía un bebé. A fuerza de ocuparme de mi prole, tenía muchas ganas de que alguien cuidara de mí, me diera de comer, me vistiera, me acunara. Necesitaba eso más que cualquier otra cosa. Y en vez de eso, iba errante con una bolsa a cuestas y un bebé bajo el brazo, un bebé que berreaba como si le faltara algo. ¿Algo o alguien?

¿Quién podría ayudarme a entender lo que me estaba pasando? Mi madre seguro que no. Ni mi suegra, ni mi hermana que no daba abasto. Y los filósofos aún menos. Los filósofos con los que tanto me había codeado, esas mentes privilegiadas que tan bien habían pensado el mundo, no me servían para nada, porque no paran de criticar la cuestión del otro sin pensar que lo que se juega en el otro, por el otro, se juega en la pareja y en el amor. Que el rostro del otro es el de mi novio, mi compañero, mi hijo. Es ese rostro el que veo y el que me plantea preguntas en mi vida. La metafísica es mi día a día. Pero eso no me dice lo que debo hacer de ello. Y los filósofos con toda su filosofía no han sido capaces de pensar en esto ni decirnos por qué no lo conseguimos, por qué nos amamos y luego no nos amamos más, por qué nos entregamos infinitamente al otro para dejarnos al cabo de poco, por qué el hijo, que es la consagración del amor, es también su sepulturero, cómo amarse para siempre, cómo quererse y seguir enamorado para siempre, y si es imposible, que nos lo digan, si es un mito occidental, que nos lo digan, y acabemos de una vez por todas con esta gran mentira.

Todo lo que había aprendido, lejos de ayudarme, me aislaba. Estaba rodeada de conceptos pero era incapaz de hacer sobrevivir a mi pareja. Había estudiado tanto y leído tantos libros para nada, para encontrarme desconcertada delante de un cachorro humano. Lo sabía todo, me sabía de memoria los textos más abstrusos de Hegel, Kant o Leibniz, pero estaba despojada ante la vida. No conseguía saber la cosa más elemental y más importante: ¿cómo salvar mi amor?

No conseguía salir del odio que sentía, de la desesperación, de la carencia, de la rabia de estar sola, del hecho de que nuestra historia se acabara como las demás, de que nuestra historia se acabara.

Para acercarme a Léa apliqué los principios de Françoise Dolto según los cuales al bebé hay que decírsele todo:

—¿Por qué lloras? ¿Tienes ganas de ver a papá? Sabes, papá y mamá están enfadados, y mamá también es muy infeliz, y tú también estás muy triste, pero pronto, sí, pronto, tal vez todo volverá a ser como antes...

No sé si fue un milagro doltoyano o fantasma puro, pero la niña paró de llorar y me sonrió. Entonces era yo la que lloraba.

Volví a encender el teléfono móvil. Desde hacía dos días había recibido treinta y seis llamadas de Nicolas a las que no había respondido. También había recibido SMS en los que me pedía que volviera a casa y mensajes furiosos en los que me decía que le devolviera a su hija. Su hija... No le contesté.

Pero no, era una estupidez. Nos queríamos. ¿Qué había pasado? Tenía ganas de llamarlo. No, no tenía el valor de hacerlo. Dejé el teléfono móvil encendido. Sonó y vi un número que no reconocí. Cogí el teléfono pensando que tal vez sería Nicolas que, creyendo que lo filtraba por el número, me llamaba desde otro teléfono. El corazón se me salía del pecho ante la idea de oír su voz.

Del otro lado del teléfono, oí la voz melodiosa de aquel hombre que conocí en la sala de espera del pediatra. Florent Tessier me invitaba a cenar al día siguiente. Estaba decepcionada de que no fuera Nicolas, pero acepté igualmente. Hacía mucho tiempo que nadie me había solicitado así.

Pero tenía que encontrar una canguro para el día siguiente por la noche. Más aún cuando mi hermana había decidido marcharse sola de vacaciones, por primera vez desde que se casó. ¿Qué podía hacer? ¿Organizaba un segundo *casting* de canguros? Llamé a Nicolas con el pretexto de pedirle su opinión.

Me respondió con frialdad, como si la cosa no fuera con él. Sentí lo mucho que estaba sufriendo nuestra ausencia, y probablemente mucho más la de su hija que la mía.

Llegó por la noche a casa de mi hermana, después del trabajo. Parecía cansado pero estaba guapo, con su traje y su corbata negra. Parecía otro Nicolas, más delgado, musculoso, más maduro que antes del nacimiento, y me anunció que había tomado una decisión: vender la galería. Acababa de aceptar la oferta que le habían hecho para trabajar en Friedrich y Friedmann, el gabinete de consultoría de su tío.

Estaba emocionada de verlo. ¿Qué había hecho? ¿Cómo habíamos llegado a esto? ¿Por qué estaba en casa de mi hermana adonde mi madre venía todos los días con distintos pretextos? ¿Por qué me sentía rechazada?

Él no parecía emocionado. Se hubiera dicho que algo estaba roto. Venía ver a la niña, no a mí. Casi ni me habló. No tenía ojos más que para el bebé. La miraba sonreír, coger los objetos, llorar y consolarse con sus peluches, comer haciendo muecas de sorpresa o de disgusto, arrugando la naricita...

Entendí que había venido por ella. Todo su corazón era para la niña. Por ella había dejado la galería y sus principios. En ese momento ya no sabía qué pensar. Por ella lo había perdido todo, lo había puesto todo en duda. Acudía al menor de sus deseos. Le daba todo sin contar nada. Me quedé allí, detrás de él, mirando cómo la miraba, cómo la tomaba en brazos, cómo jugaba con ella, entre la ternura y la rabia, el despecho amoroso y la dignidad materna.

¿Y si dejáramos de decir que el bebé es una persona? Nos han dicho demasiado que es una persona y es tal vez por eso por lo que nos pone tanto en cuestión. Es el tercer elemento que, como en la novela de Simone de Beauvoir, destruye la pareja. Pero si nos interesáramos más bien en la pareja, el bebé tal vez se portaría mejor puesto que podría vivir con su padre y con su madre, y no en pareja con uno de los dos solamente. Han inventado el bebé haciendo creer que ocupa un lugar en la sociedad y ahora lo está ocupando todo. Pero, ¿quiénes son “ellos”? ¿Quién se lo ha inventado? Naturalmente Rousseau preconizando la lactancia, y luego Dolto dándole voz, y Winnicott, y Bruner... Todos los psicólogos de la infancia que insisten en hacernos creer que el bebé es una persona. Y, sobre todo, el doctor Freud nos hizo sentir culpables con el bebé demostrando que todo se decide antes de los tres años. Fue él quien puso la corona en la cabeza de “Su Majestad el Bebé”. En demanda constante, se ha convertido en el rey que reina sobre todos los súbditos. Y con él viene el séquito de miserias: nos costó diez años deshacernos de nuestros padres y están de vuelta campando a sus anchas. Nos costó diez años reconocer nuestros deseos y ahora estamos bajo el reino absoluto y tiránico de su deseo. Flotábamos en las altas esferas intelectuales o sentimentales y ahora estamos pendientes de sus eructos.

Tenía ganas de ver a Nicolas, de hablar con él, simplemente de abrazarlo, pero ya no me atrevía. Sufría muchísimo. Sufría con su presencia. Sufría con su ausencia. Sufría con su sufrimiento.

Pensaba en el antes.

Antes, es decir, en otra vida.

Antes, era una persona. Una mujer. Una niña. De manera alternativa. Luego, sólo una madre.

Después ya no hablaba de nada, ya no hablaba más que del cuerpo y sus cosas. Nos dicen que lo mantengamos derecho, fino, opaco, inocente, y sobre todo liso, y de pronto, todo se desmorona. Está fofo, enorme y cubierto de estrías. Nos dicen que lo escondamos, y de repente invade la vida entera. Nos dicen que hagamos deporte, y régimen, y de pronto engorda diez kilos.

Nos dicen: trabaje todo el día, gane dinero, que es la llave de su libertad, y de repente, ya no puedo trabajar, ya no puedo hacer nada, aprendo a no hacer nada, y me siento culpable y me excluyo de la sociedad. No me queda más que el grupo de las mujeres nodrizas.

Antes era guapa, tenía los ojos de la juventud. Desde ahora, lo veo todo con

distancia. Antes era libre y despreocupada, ahora soy responsable. Antes era idealista. Me he convertido en realista. He cambiado de categoría existencial, he cambiado las referencias del espacio y el tiempo, he cambiado el *a priori* de la percepción, he dejado a un lado todos mis sueños.

Antes, estaba enamorada. Después, nuestra relación fue imposible. Había una barrera entre nosotros, una barrera física infranqueable, y esa barrera era Léa. El tercer elemento era el bebé. Era ella, el hijo de nuestro amor, el destructor de nuestra pareja.

Al final, me dijo en el umbral:

—¿Cuándo volvéis a casa?

Lo dijo con paciencia, sin nerviosismo.

Sin embargo, me sentía herida por su actitud y me aferré a mi orgullo, así que le contesté que no quería volver, que los problemas entre nosotros aún no se habían solucionado. De hecho, me habría gustado que insistiera, que suplicara, que se pusiera de rodillas, que me pidiera perdón. Pero no dijo nada. Me miró, con aire ausente. Con la mirada endurecida.

Después de que Nicolas se fuera, me quedé con la niña en brazos.

Vi una cana en su pelo rubio. Era mía. Envejecía y mientras mi niña se despertaba a la vida. Mi bebé era la nueva fuerza y yo era la antigua. Mi vida se había acabado. Pensé en Nicolas, que ni siquiera me había mirado. Había cumplido mi misión, podía acabar de una vez. La ventana estaba ahí, abierta delante de mí. No tenía más que dar un paso. Estaba tentada, me sentía aspirada hacia el vacío. Con sólo dar un paso todo se habría acabado.

Dejé a la niña en la cuna; ésta levantó la mano y me la tendió. No me dejaba marcharme. Me retenía. ¿O tal vez era yo la que no se podía soltar de ella?

Llamaron a la puerta. El corazón me dio un vuelco... Si era Nicolas, le diría que volvía a casa, ya mismo, sin condiciones, o si no, me tiraba por la ventana, seguro.

Pero no era Nicolas. Era la nueva canguro que acababa de llegar. Con el lío de vida que tenía, había olvidado completamente que había quedado con ella. Se llamaba Parvati, era india y tenía dos niñas pequeñas. Parecía una persona dulce y era creyente. Creía en Buda. Escuchaba mantras. Tal vez tenía razón. Tal vez había que entregarse a otra cosa en vez del propio hijo para poder elevarlo y elevarse con él.

Estaba leyendo un librito que hojeé: según el budismo existen cuatro verdades nobles. El sufrimiento, la causa del sufrimiento, es decir, el deseo egoísta, el cese del sufrimiento, es decir, el Nirvana, y la vía del Justo Medio.

El nacimiento es sufrimiento, la vejez es sufrimiento, la enfermedad es sufrimiento, la muerte es sufrimiento; estar unido a lo que se ama es sufrimiento, estar separado de lo que se ama es sufrimiento, no tener lo que se desea es sufrimiento; en resumen: los cinco conglomerados del apego son sufrimiento. ¿Cuál es la noble verdad sobre el fin del sufrimiento? Es el cese completo, la extinción total del deseo del que es preciso liberarse con el fin de estar liberado.

El disfrute de los sentidos sigue siendo la mayor y única felicidad del hombre; es innegable que existe una especie de felicidad en la espera, en la plenitud y el recuerdo de esos placeres pasajeros, pero son ilusorios y temporales. Sí, según Buda, la ausencia de apego es una felicidad aún más grande.

Sin embargo, estaba ligada a ella y a él. Mi compañero, el padre de mi hija, y ella, mi pequeña: entre nosotros se había tejido un vínculo sólido. No tenía nada que ver con la pasión amorosa. Era algo visceral y evidente, natural y original. Algo orgánico y que no se puede desarraigar.

¿Tal vez el amor era eso?

Los hermanos Costes han animado todo París. Con paciencia y uno a uno, han ido recuperando unos cuantos locales en puntos estratégicos de la capital insuflándoles la onda de Nueva York, con música, ambiente aterciopelado, y camareras con vestiditos negros o pantalones negros ceñidos, sirviendo sin sonreír platos minimalistas a su imagen y semejanza.

Vi a Florent allí, de punta en blanco, moviendo la pierna al compás. Llevaba un traje oscuro y elegante, una camisa de rayas vivas, y le brillaban los ojos. Pidió dos copas, me ofreció una, brindó por el niño y luego por la infancia. Hablaba de todo y de nada, y era encantador.

Según él, el problema es que los padres quieren hacer callar al bebé y que se vuelva bueno como un bebé ideal. Pero la pulsión de vida que se manifiesta a través del hijo es la que fuerza a que su familia se ponga en duda, que deba escribir otro capítulo, y por qué no, que cambie de vida si es necesario. Lo importante es estar de acuerdo con el propio deseo, y conocerlo sin dejarse invadir por la culpabilidad.

—¿No está de acuerdo?, Barbara. ¿Sabe que está usted muy guapa esta noche?

—Gracias, Florent. Pero no me siento especialmente guapa en este momento.

—Mire, en mi gabinete estoy acostumbrado a ver madres jóvenes con la autoestima por los suelos, así que creo que es importante reconstruir la propia imagen.

¿Y por ese motivo se consagra a ellas y las saca a cenar diciéndoles que son guapas?

—No, Barbara. A decir verdad, usted es la primera mujer después de mi ex por la que siento... conexión, por no decir... fascinación. Hábleme de usted. ¿Es feliz, Barbara?

Pregunta trampa. Todos los hombres la hacen cuando quieren saber si una mujer ocupada está de todos modos un poco libre. ¿Es usted feliz? En suma era una litote que significaba: ¿está usted enamorada? Sí, buena pregunta, Florent. ¿Qué es la felicidad? ¿Es estar enamorado y tener un hijo? En la vida hay momentos tan intensos que uno no se pregunta nada. Pero la mayoría de las veces, cuando uno se pregunta eso, es que no es feliz. Hay felicidades increíbles, absolutas, que desaparecen, y hay felicidades tranquilas y discretas que saben instalarse en el salón alrededor de una taza de té. También son momentos de felicidad.

—¿Ha vuelto a ver a su compañero? —prosiguió sin esperar a que yo respondiera.

—¿A Nicolas? Sí, lo he vuelto a ver.

—¿Y?

—Nada... No pasó nada. Por ahora es un *statu quo*.

—Si me permite que le dé un consejo, y si quiere saber mi opinión, Barbara...

—A ver...

—Sobre todo, no precipite las cosas. Tómese un poco de tiempo. Entiendo muy bien su desconcierto, pero mire —añadió tomándome la mano—, como profesional

puedo demostrarle que la vida está llena de sorpresas... Hay tribus en el Tíbet que ni siquiera saben lo que es el concepto de matrimonio. Tienen hijos pero cada uno vive por su lado... Cada cual tiene que inventar su vida, sin preocuparse de los códigos establecidos por la sociedad. No diga nada, y déjese llevar...

No dije nada más porque Florent me estaba dando un beso en los labios...

No muy lejos de nosotros, estaba cenando Anthony, el amigo de Nicolas.

Esa noche, mientras estaba cerrando la puerta del taxi, ya no entendía nada de lo que me estaba pasando. Me había sentido bien con Florent. Cuando me tomó la mano sentí que mi corazón se incendiaba... Había sido como antes, mientras que yo ya creía que cualquier llama se había apagado en mí para siempre. ¿Qué iba a decir Nicolas cuando se enterara de que había cenado con aquel hombre? Estaba segura de que Anthony se lo contaría enseguida. ¿Y el beso? De forma inequívoca, había habido un beso.

De hecho, esa noche me había sentido mujer, por primera vez desde hacía tiempo, desde el parto. Me sentía mujer como no lo había sentido nunca antes. Antes creía que ser mujer era tener un hijo y darle el pecho; pero me daba cuenta de que para pasar por una mujer y no por un animal, había que esconder ese estado, no decir o no mostrar que se está dando el pecho, que se está embarazada, que se da a luz, que se pasa por una episiotomía. Todo eso no participa del Eterno Femenino. Incluso Nicolas ya no me miraba como a una mujer cuando daba de mamar. Me dormí pensando en Florent e imaginándome en sus brazos. Era un sueño muy dulce.

Al día siguiente por la mañana, al mirar mi teléfono móvil no me extrañé al encontrar un mensaje de mi compañero. Me decía que lo sabía todo. Así pues, ya lo había sustituido. Era innoble. Estaba decepcionado. Estaba enfadado. Quería recuperar a su hija. Venía a buscarla esa misma noche.

Empecé a preparar las cosas de la niña a regañadientes. En el fondo de mí sentía cómo subía una excitación. Así pues, ¿era libre? ¿Libre de salir, de seducir, de ver a Florent, de ir al cine, a bailar, de ir a cenar a restaurantes, de irme de viaje? Tenía ganas de hacerlo todo a la vez. Estaba excitada como una adolescente a quien le dan permiso hasta medianoche.

Mientras le daba el pecho a Léa, me dije que tal vez era la última vez, puesto que si la pequeña se iba a casa de su padre, necesariamente estaría destetada. Como si lo hubiera entendido, Léa giró la cabeza cuando le puse el pecho en la boca. Estaba de morros. Se me encogió el corazón. ¿Cómo podía destetarme? ¿Cómo me iba a privar de darle el pecho?

Cuando Nicolas la vino a buscar, estuvo glacial conmigo. Estaba lleno de odio y resentimiento. Me decidí a verlos marchar. Cuando comprendí que el bebé se alejaba de mí, el corazón me dio un brinco en el pecho, como si se estuviera marchando con ellos.

Al dejar a la niña sentí como si estuviera abandonando una parte de mí. Al separarme de mi hija, comprendí que éramos inseparables. Sin ella ya no me sentía entera. Me faltaba algo, algo que me había constituido desde siempre. Pasear por la calle y hacer la compra sola era incongruente. La echaba de menos como si me echara de menos a mí misma.

Me dolía físicamente no darle más de mamar, mis pesados pechos se llenaban de leche. Mi amor... No era más que belleza, bondad, sonrisas y lágrimas. Existía la perfección en este mundo: el paraíso, el hombre perfecto, y el mito del origen era real, era él, el bebé, Eva... Dios existe, sí: es el bebé. Reinaba sobre los seres y las cosas. Ella era el Dios al que me sacrificaba, al que había sacrificado mi vida.

Rousseau, que es un gran observador de la infancia, sacó de ella las conclusiones filosóficas. Cuando se tiene un cachorro humano en brazos, uno se da cuenta de que éste nace egoísta, ególatra, en perpetua demanda, obsesionado por el alimento, en esa dependencia y esa debilidad que lo vuelven tiránico, es la dictadura del débil, pero no es malo. Destruirá nuestra vida pero no lo hará de forma intencionada, depende de uno que sobreviva.

Al observar a Léa, me dije a mí misma que todo el mundo ha tenido a alguien que se ocupe de él. De alguna forma, todo el mundo ha sido querido por alguien. Si no, es difícil sobrevivir. Observar a un niño nos informa sobre la construcción de la personalidad que se hace desde esa edad, del maltrato que se le puede infligir a un niño y del que no se recuperará. A la inversa, al prodigarle cuidado se lo construye. El bebé se desarrolla a través del amor.

De la misma forma que es importante la ley. Sin ley, sin regla y sin marco, el bebé no evoluciona. Y lo bello también puede iniciarse en la belleza, ya que al bebé le gusta lo bello. A Léa le gustaba la música. Ella hacía música, golpeaba los objetos para encontrar el ritmo, hablaba cantando, balbuceaba. Las palabras no tienen importancia para ella, sino que responde a las entonaciones. La música es el primer lenguaje del hombre.

Léa me enseñaba qué es la sonrisa. Se despertaba sonriendo y sonreía mientras dormía. Sonrisa, misterio de sonrisa, fraternidad del niño que nace. Ese misterio del rostro humano, esa sonrisa del bebé como quintaesencia del otro, tiene mucho que enseñarnos. Y sí, es posible, existe una comunicación, existe la intersubjetividad, y me digo que los filósofos se equivocaron porque no tenían bebés. Ni Sócrates, ni Kant, ni Sartre, ni nadie, habían tenido bebés para comprender la vida, la alteridad, el amor, el odio, la locura, la pérdida de la realidad, y cómo muchas veces —Rousseau sí que lo sabía— el primer sentimiento del hombre es la piedad. Cuando lloraba, cuando me requería, cuando estaba lejos de mí y yo lejos de ella, sentía piedad por Léa. La piedad es algo bonito. No, no es el primer estadio de la humanidad, tal vez es instintivo pero es el sentimiento más sagrado, aquel que hace que nos paremos y miremos, que sintamos lo que el otro siente, su sufrimiento, su espera, su esperanza, y que por una inclinación sagrada, nos inclinemos hacia él para tenderle la mano, lo

invitemos a nuestro seno. Es original y profundo, es humano. La leche materna y el pecho son esa generosidad. La piedad, la piedad filial.

Ella me enseñaba qué es el entusiasmo. Cuando veía algo o alguien que le gustaba, saltaba de alegría. Me enseñaba la importancia del placer. Ella vivía su placer de forma total y plena. También me había enseñado que para poder recibir, hay que confiar. Cuando un desconocido le daba un objeto, Léa no lo cogía. Dar no es difícil, lo difícil es recibir.

Es verdad, ella trastornó mi vida. Y sin embargo, era sólo un bebé. Pero me empujó a mi propio atrincheramiento, hizo que rebasara todos mis límites, me enfrentó al absoluto: al abandono, a la ternura, al sacrificio. Me dislocó y me alumbró. Yo era su hija. Desde ahora, yo era su criatura.

Escuché el contestador para ver si Nicolas me había dejado algún mensaje. Y en efecto, en el buzón de voz había uno pero no era de él. Era un mensaje de Florent, que me invitaba a un cóctel que daban unos amigos suyos editores.

Me vestí y me peiné. No me reconocía en el espejo. Arreglada así, con un vestido negro, el pelo liso, los ojos pintados y la boca color frambuesa, parecía una mujer. Salí para acudir al cóctel que tenía lugar en el hotel Lutétia. Allí, en el sótano, había una nube de periodistas, de responsables de prensa y de personajes que se apretujaban alrededor de los canapés y la champaña. Cuando Florent me vio, se abrió paso entre la multitud para venir a recibirme. Me sentí valorada por esa señal de cariño y de agradecimiento. En sus ojos, me sentí guapa.

Al final del cóctel, Florent me propuso llevarme a cenar.

Acepté. Fuimos a la “Casa di Habano” en Saint-Germain. Pedí un mojito, el primer mojito desde que le anuncié mi embarazo a Nicolas, y me pareció que aquello pertenecía a otra vida.

—Es usted muy guapa, Barbara. La encuentro tan graciosa, tan sensual. No debe perder su juventud. Hay que aprovechar estos momentos. Son bonitos, ¿sabe? Me gustaría llevarla a algún sitio.

—¿A algún sitio? ¿Adónde?

—No sé... ¿Qué le parece Italia? Si quiere, este fin de semana la llevo a Venecia. Sólo usted y yo. No se preocupe de nada, yo me encargo de todo.

—¿A Venecia? Sí... ¿Por qué no? Bueno, no, a Venecia, no. Mejor a otro lugar.

—De acuerdo, sí... Tiene razón, Venecia está ya muy visto.

—¿Y qué va a hacer con su bebé, Florent?

—Este fin de semana le toca a mi ex mujer. Una cosa práctica al divorciarse es que se está libre una semana sí una semana no.

Sonaba música cubana. Bebí a sorbitos el mojito mientras miraba los ojos azul índigo de Florent... ¿Otro amor? ¿Por qué no? ¿Acaso no es la vida una sucesión de amores?

Y de repente, me acordé. La Habana, cuando decidimos engendrar un hijo. Cuba y los bailes desenfrenados por las noches, nuestros cuerpos enredados, entrelazados. Tenía la sensación de acabar de volver de un largo viaje y estaba cansada.

—Creo que tengo que irme —dije.

—¿Está usted segura, Barbara?

—No. Ya no estoy segura de nada. Pero de todos modos, voy a volver a casa.

—Como quiera. La acompaño.

—No hace falta, gracias —dije, recogiendo mis cosas—. Adiós, Florent.

Al llegar a casa, me encontré con mi hermana que acababa de volver de sus vacaciones.

Katia se repantigó en el sillón del salón sin siquiera quitarse el abrigo. Su rostro había cambiado. Tenía algo radiante y alegre que no había visto en ella desde hacía años, tal vez desde siempre...

Me contó cómo habían ido sus vacaciones. Estaba sola, frente al mar, pensaba en ella, en su vida. Miraba la arena y el sol, se decía a sí misma que era bonito, que formaba parte del mundo. En lo alto de la colina, se encontró con alguien que estaba solo como ella. Empezaron a hablar. Aquel hombre había tenido un accidente laboral y eso le había hecho reflexionar sobre lo que era importante en la vida.

Y luego, poco a poco, se dijo a sí misma que tenía que ser feliz y saber lo que quería, lo que de verdad deseaba hacer con su vida, ella, y no los demás. Tenía el ideal de ser una madre siempre disponible para sus hijos, presente día y noche para mimarlos, consolarlos, quererlos. Le había parecido inadmisibles la idea de dejar su hogar por trabajar a jornada completa. Creía que tenía que quedarse con sus hijos; para ella era inconcebible la idea de cortar ese cordón.

Pero he aquí que ahora su hija iba al colegio, su hijo ya era mayor, y en casa sola se deprimía. Pensaba que sus hijos iban a ser siempre bebés. Desde hacía doce años ya no era ella misma. Ahora necesitaba trabajar. Quería volver a tocar el violín. A veces la vida toma caminos sinuosos. Resumiendo, había decidido dejar a su marido.

—Pero, ¿qué me estás diciendo? ¿Has tenido una aventura allí en la isla?

—Sí. Con ese hombre que conocí. Estuvo bien y ya está, eso fue todo. Me hizo darme cuenta de que mi matrimonio con Daniel ya no es lo que era.

—¿Ah sí? Pero, así, después de diez años, ¿te cuestionas eso?

—No es demasiado tarde. Nunca es demasiado tarde. Lo que importa es despertarse, ¿no crees?

—No sé, Katia.

—Oye, ¿estás bien? Parece que no te encuentras bien.

—Sí, estoy bien, a veces tengo fallos de memoria, debe ser la falta de sueño...

La vida está hecha así. Las parejas se cosen y se descosen como las episiotomías. El hijo causa estragos en el cuerpo, el corazón y la pareja. Y el tiempo pasa, burlándose de todo eso.

Me levanté para ir a echarme en la cama. Allí estaba el hipopótamo de Léa. Me lo pegué a la cara y lo olí, llenándome de su olor, el olor cremoso de mi bebé.

De repente, tuve náuseas, unas náuseas muy intensas, y me dieron ganas de tirarme al suelo. Era algo profundo que crecía en mi interior sin soltarme. ¿Era la sensación de la existencia, de estar fuera de sí? Sí, era eso, existía. Estaba llena de existencia, era repugnante lo mucho que existía. Mi boca, mi corazón que latía, mi cuerpo que pesaba, las manos sudorosas, la frente húmeda, y aquella imposibilidad de pensar. Si tan sólo pudiera pensar, me dije a mí misma, pero no puedo. Sí, existo, por ese animal que está ahí delante de mí y que me invade con sus olores. Desde el

principio, toda esa aventura había ocurrido bajo el signo de los olores. Había habido los efluvios de las calles de La Habana y los del café por la mañana, y luego el olor aséptico de la sala de partos, del gel de ducha restregado a toda prisa, los olores a cigarrillo y a alcohol, los agradables que se habían vuelto repulsivos, el olor del comino y la canela, el de la albahaca, los perfumes de verano, de la piscina, el olor mezclado de nuestras vacaciones, y luego el de la vuelta a la ciudad, la contaminación, la colada y el suavizante en los *bodies* del bebé, y también el olor del amor. El olor azucarado de Nicolas.

Es imposible saber cómo será el futuro, es imposible amarse y es imposible renunciar a amarse, así era nuestra condición. Hacer preguntas, no encontrar nunca las respuestas, no saber si es posible pero intentar siempre lo imposible intentando salir del paso, renunciar a la felicidad al buscarla, zambullirse en el fondo de la desgracia y tocar fondo para reaparecer, recuperar el arrebató del principio, tener un hijo y sacrificar la felicidad propia por su felicidad, sacrificarse para pasar el relevo sin querer renunciar a la propia vida, y sin embargo hacerlo porque esto va así, resolver todas esas ecuaciones, o no, reproducir, reproducirse, repetir los errores del pasado, vivir bajo el imperio de los padres, liberarse de él para enlazarse mejor a los hijos, ser feliz, sí, pero sólo por un instante... La vida, vaya, y todo lo que esperamos de ella...

Ella solía abrazarse a ese hipopótamo. Necesitaba saber qué había sido de ella, tenía la impresión de no haberla visto en un año. ¿Y cómo hacía para dormirse? ¿Lloraba? ¿Sonreía mientras dormía? ¿Era feliz al despertarse por la mañana? ¿Hacía caca cuatro veces al día? ¿Estaba bien? ¿Era feliz o infeliz? ¿Me echaba de menos? ¿Existía sin ella? Si, por supuesto que existía, ya que estaba tan llena de olores y sensaciones que estaba emocionada. Veía la vida como un oleaje ininterrumpido y yo era la que recibía, atravesada por cada acontecimiento. Era, en ese instante, el acontecimiento. ¿Pero qué acontecimiento?

Y de repente, tuve una iluminación.

Salí, tambaleante. Mis pasos me llevaron hacia la Rue des Rosiers, que crucé a pie, invadida por los efluvios de los *falafels*, especias y ahumados... De repente, sentí algo familiar, un olor delicioso y sereno, picante y excitante, mezclado con un sabor dulzón de requesón y Mustela... Volví la cabeza.

Nicolas... Me había visto. Llevaba su camiseta roja y su armadura de seductor: los ojos intensos y la barba de tres días. Tenía la cara cansada del padre que se despierta todas las noches para dormir a su hijo.

Empujaba la Pliko de Peg Perego en la que estaba la pequeña, mi pequeña Léa. La miré. Me parecía que se había marchado al extranjero a hacer estudios superiores, que había hecho unos progresos inconmensurables, que había evolucionado de una forma increíble. Estaba al acecho de cualquier señal que me permitiera saber qué había hecho, lo que había pensado, si había sido feliz o infeliz. Tenía ganas de saber lo que había vivido sola, como para recuperar esa parte de mí que me faltaba. Me hubiera gustado que me lo contara todo, cada hora, cada minuto, me hubiera gustado que hubiera llevado una camarita encima de ella para poder ver todos los momentos que había pasado sin mí, necesitaba reunirme con ella.

—¡Lo conseguiste!

—¿El qué?

—¡Abrir la Pliko!

—Sí, pedí a dos que pasaban que me ayudaran... Lo ves, es fácil, entre tres se puede abrir muy bien...

Me lanzó una mirada que me traspasó. Lo miré, incapaz de moverme, de hacer un solo gesto, como petrificada por las náuseas que me tenían clavada en el sitio. ¿Cómo vivir? ¿Qué hacer? ¿Qué decirle? ¿Cómo pensar en vivir juntos? No tenía ni idea. No sabía si era posible, si teníamos razones para separarnos, cómo organizar la vida sin ser dos; cómo repartirse la niña, de fin de semana en fin de semana. Veía nuestra pareja alejarse, ir a la deriva y cada vez más lejos de mi vida, y lo que se iba era mi felicidad, mi juventud esfumada, mis ilusiones perdidas. En adelante, esperaría. ¿Qué? ¿A quién? ¿Otro amor? Para volver a empezar una y otra vez, estar enamorado, vivir juntos, no aguantar más el estar juntos y dejarse... Y volver a vivir en un círculo la perpetua vuelta a empezar... Cada vez con menos corazón, menos apego y por lo tanto menos tormento.

—Bueno, me tengo que ir —dijo Nicolas, volviendo a coger a la niña—. Tengo cita con el pediatra. Le van a poner una vacuna...

Nicolas me hizo un gesto con la mano y se alejó lentamente con la sillita.

Me quedé allí, en la calle, durante un buen rato, antes de entrar en “l'Étoile manquante”, donde pedí un café.

Nuestra historia se había acabado como acaban todas las historias, las de aquellos que se separan, ya sea al cabo de seis meses o al cabo de veinte años; que se separan

porque es una gran fatalidad no conseguir quererse en este mundo tan pobre, y tener el deseo de amarse y no vivir más que para el amor y esos momentos de fulgor y certeza que justifican los demás instantes, todos los segundos de la vida en los que uno se pregunta quién es, qué hace, esos momentos en los que secretamente sabemos que nos hemos equivocado, que la vida no era Italia, y no era La Habana, y que, inducidos por Venecia, llegamos a distanciarnos lo suficiente como para decirnos que todavía nos amamos, que nos hemos amado demasiado como para no amarnos ya más, que la vida sin amor no tiene sentido...

Estaba sola con un café delante. Miré el test dentro del bolso.

Estaba sola, sí. La pasión, el amor y la amistad pasan con el tiempo que pasa. Lo que queda, lo que perdura de forma misteriosa, es la vida.

Estaba embarazada.



ELIETTE ABÉCASSIS (Estrasburgo, Francia, 27 de enero de 1969). Hija del historiador del pensamiento judío de origen marroquí sefardita Armand Abécassis, profesor de la Universidad de Burdeos, fue alumna de la École Normale Supérieure y enseñó Filosofía en la Universidad de Caen en 1997, antes de dedicarse profesionalmente a la literatura.

Ha escrito principalmente novelas históricas rigurosamente documentadas; *Qumran* (1996), traducida a dieciocho lenguas; *L'Or et la cendre* (1997), historia de la misteriosa muerte de un teólogo berlinés; *La Répudiée* (2000), finalista del Gran Premio de novela de la Academia Francesa y propuesta para el premio Fémina; *Le Trésor du temple* (2001); *Mon père* (2002); *Clandestin* (2003), historia de un amor imposible; *La dernière tribu* (2004); *Un heureux événement* (2005, sobre la experiencia de la maternidad) y *Sépharade*, (2009), traducida al español con el título *La novia sefardí* en 2011, novela en que una judía sefardí intenta recobrar sus señas de identidad en Marruecos.

Como ensayista escribió sobre el origen del mal y el homicidio en *Petite Métaphysique du meurtre* (1998) y sobre las mujeres de hoy en día en *Le Corset invisible* (2007), con Caroline Bongrand. Su obra *La Répudiée* ha inspirado el film de Amos Gitaï *Kadosh* y ella misma ha dirigido el cortometraje *La nuit de nocces*.

Notas

[1] Whisky de malta. (N. de la T.). <<

[2] *Le Bourgeois gentilhomme*, personaje de una obra de Molière. (N. de la T.). <<

[3] Plato judío consistente en buñuelos de patata fritos. (N. de la T.). <<

[4] Nombre de Dios. (N. de la T.). <<

[5] Nuestra Señora del Buen Socorro. <<

[6] “Homó-nimo”, juego de palabras. (N. de la T.). <<

[7] Del original (N. de la T.). <<

[8] La autora aquí introduce un juego de palabras en el que se hace referencia a una obra de Balzac, *La peau de chagrin*. La “peau de chagrin” era una piel maldita que se reducía cuando su propietario le pedía un deseo. (N. de la T.). <<

[9] Programa *reality-show* televisivo. (N. de la T.). <<

[10] Aquí la autora hace referencia a la canción “It's raining men” de Gloria Gaynor.
(N. de la T.). <<

[11] Johnny Hallyday, artista francés. (N. de la T.). <<